

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/desde-la-f-de-roma-hasta-mario-y-sila/>

## CÉSARES Y CRISTIANOS

6º

### **JULIO CÉSAR** <https://ideaswaldorf.com/8.julio-cesar/>

En la antigua India los cinco hijos de Pandú, Yudishtira y sus hermanos, recobraron su reino después de un gran esfuerzo, pero se preocupaban tan poco del poder terrenal, que lo dejaron todo para irse, como peregrinos pobres, en busca del Portal del Cielo, arriba en las altas montañas del Himalaya.

Eso ocurrió hace miles de años en la cultura proto-India.

Cuando llegamos a Roma, las cosas cambian, a los seres humanos ya les gusta el poder en la Tierra. Desde los comienzos de Roma, cuando Rómulo construyó el muro de la nueva ciudad, no quiso repartir su reino con su hermano gemelo Remo. Se preocupó en ser elegido único rey de Roma, y cuando Remo se estaba mofando del muro bajo que habían comenzado a construir, Rómulo mató a su propio hermano.

Desde el comienzo de Roma hubo una disputa por el poder. La ciudad de las siete colinas quería el poder sobre las demás naciones. Conquistó Italia, Cartago y Grecia. Pero, entre los mismos romanos había una constante lucha por el poder.

*¿Quién iba a ser el dueño de la poderosa Roma?*

Ya vimos que Mario, el plebeyo rudo y poco educado, hizo que los senadores lo eligieran cónsul siete veces. El cónsul enemigo, Sila, el general que había conquistado Grecia, llegó a ser dueño de Roma. Cuando Sila ya no estuvo satisfecho con ser solamente cónsul, forzó a los senadores a que lo nombraran dictador. Podríamos preguntarnos ¿para qué se molestó Sila en recurrir a los senadores? Seguramente podría haberse adueñado de Roma por sí mismo con un ejército poderoso que tenía de su lado, sin tener en cuenta a los viejos senadores. Pero los romanos eran fanáticos de las leyes, todo tenía que hacerse según las leyes. La ley decía que sólo los senadores podían designar un dictador. Y Sila, siendo romano, quería ser dueño de Roma legalmente.

Eso eran los verdaderos romanos: podías lograr todo lo que quisieras (si eras poderoso, pero tenías que asegurarte de que todo estaba hecho de acuerdo a la antigua ley. Así llegó Sila a ser dictador, es decir, que ostentaba el poder sobre la vida y la muerte de cualquier romano. Podía ordenar la ejecución de cualquier persona, y había que hacerlo sin cuestionamiento alguno. Sila usaba su poder y cualquiera que se descuidara, que dijera públicamente algo que no le gustase al dictador, o le desobedeciese, aunque fuera en algo poco importante, era ejecutado.

En aquellos tiempos vivía en Roma un hombre joven, un patricio de familia noble, descendiente de Rómulo, el primer rey de Roma. Ese patricio se enamoró de una joven que tenía una sola falta: era plebeya.

El dictador Sila había prohibido los matrimonios entre patricios y plebeyos. Pero el joven amaba a la muchacha, y se casó con ella.

Sila estaba furioso, hizo llamar al joven patricio y le dijo:

—“Te doy tiempo hasta mañana para separarte de esta mujer plebeya. Si no lo haces, morirás”.

El joven no sólo estaba enamorado de la mujer, sino que era también orgulloso, y sintió herido su orgullo al recibir esa amenaza. Cuando Sila le dejó ir para arreglar su divorcio, huyó con su mujer a los montes salvajes Sabinos —parte de los Apeninos— donde los soldados de Sila no podían encontrarlos.

Sila estaba indignado de que alguien tratara de desobedecerle, pero los soldados no encontraron al joven.

Senadores y patricios, y los parientes del joven suplicaron a Sila, que acabó cediendo y perdonó al joven.

El joven patricio que se había atrevido a desobedecer al poderoso dictador Sila fue más tarde el más famoso entre los romanos, el hombre más grande en la historia de Roma. Su nombre era Cayo **Julio César**.

Cuando Sila hubo perdonado a Julio César, éste podía volver a Roma, pero sentía que Sila podía cambiar de opinión en cualquier momento y castigarlo. Era más prudente mantenerse lejos de Roma y de Sila.

De ese modo Julio César decidió viajar por el Mediterráneo a Grecia, para quedarse allí un tiempo, mientras su mujer vivía en Roma.

En aquellos tiempos el mar Mediterráneo no era seguro para los viajeros: había piratas por todas partes que atacaban a los barcos, tomando como rehenes a los pasajeros ricos, y sólo los liberaban a cambio del pago de una gran suma por rescate. La mala suerte hizo que el barco en el que navegaba Julio César fuera asaltado por unos piratas.

Llegaron a bordo y fácilmente se dieron cuenta de que ese joven, con toga fina y atendido por lo de sus esclavos, era justo el tipo de rehén que ellos buscaban.

Julio César tuvo que trasladarse a bordo del barco pirata, le permitieron quedarse con dos de sus esclavos, mientras los otros recibían la orden de navegar de vuelta a Roma, para recoger el dinero del rescate entre los familiares de Julio César. Cuando el dinero llegara, Julio César sería liberado, si no, lo matarían.

Julio César escuchaba atentamente y preguntó:

—“¿Cuánto dinero de rescate piden por mí?”

El capitán de los piratas le dijo:

—“Tu valdrás veinte talentos”.

Enojado, Julio César gritó:

—“¿Qué?” “¿Veinte talentos por un hombre como yo, miembro de una familia que llega hasta Rómulo?”

“¡Yo valgo por lo menos 50 talentos!”

El pirata contestó sorprendido:

—“¡Muy bien! ¡Entonces pediremos cincuenta talentos!”

Julio César prosiguió:

—“Déjenme contarles algo más. Ustedes son hombres malvados que no llegarán a disfrutar del dinero de mi rescate por mucho tiempo. En cuanto yo esté libre reuniré a un grupo de hombres y un barco e iré a por ustedes, cada uno de vosotros caerá bajo mi espada”.

El capitán de los piratas miraba a aquel romano elegante y se reía a carcajadas diciendo:

—“Puedes intentarlo, pero primero espera a que tengamos el dinero”.

Los piratas llevaron a Julio César a una pequeña isla en el Mediterráneo que era su guarida y cuartel general, y lo dejaron allí como su prisionero. Durante ese período de espera Julio César hizo todo lo posible para importunar a sus captores.

Cuando practicaban con sus armas les decía que eran una banda de torpes. Los piratas se limitaban a reírse de él.

A medida que pasaba el tiempo, Julio César componía versos, poesías muy largas, y pedía a los piratas que se sentasen para escuchar sus poemas. Al principio, los piratas lo escuchaban, para divertirse. Pero pronto se aburrieron. No estaban interesados en poetas, preferían jugar a los dados, o emborracharse, y así se lo hicieron saber.

Julio César se enfadó con ellos y les respondió:

—“¿Qué? ¿No os gustan mis poemas? Había pensado dejarles con su miserable vida cuando les capturara, pero después de esto, os mataré uno a uno”.

Que un hombre que escribía poesía les amenazara de este modo les parecía tan chistoso a los piratas que se partían de risa.

Pocas semanas después llegaron los esclavos con los cincuenta talentos del rescate, y los piratas liberaron a Julio César, riéndose todavía de sus amenazas. Pero Julio César no fue lejos. Llegó a la siguiente isla griega. Reunió a todos los hombres de la isla, les prometió dinero de recompensa si le ayudaban a atacar a los piratas, y pronto tuvo un buen grupo de hombres y un barco a su disposición.

Bajo su mando navegaron a la isla donde había estado como prisionero. Los piratas aún estaban celebrando el éxito, bebiendo y comiendo. Fueron tomados completamente por sorpresa, y, tal como había dicho Julio César, todos fueron pasados por las armas y sus posesiones fueron divididas entre los hombres que habían luchado con él.

## Poder

En la antigua India los hombres no añoraban el poder. Cuando los hindúes pensaban en sus dioses, los amaban y veneraban su sabiduría. Que los dioses fueran también poderosos no significaba tanto para la gente de esa primera cultura india.

Los hombres santos de la India trataban de convertirse en sabios. Cuanto más sabio era un hombre tanto más cerca estaba de los dioses.

Más tarde, en la cultura proto-persa, Ahura Mazda era el Dios de la bondad y la verdad. El gran hombre de Persia enseñó a su gente que ser bueno y verdadero acercaba a las personas a su Dios, el dios del sol brillante, Ahura Mazda.

Los hindúes consideraban que la sabiduría hacía a los hombres más parecidos a los dioses. Los persas, en cambio, pensaban que ser buenos y verdaderos les hacía parecerse más a Ahura Mazda.

Pero en la época romana la gente ya no tenía ese sentimiento por la sabiduría en el mundo, ni tampoco por todo lo bueno en el mundo, ya sólo pensaban en sus dioses como seres poderosos. Cuanto más poder pudiera adquirir un hombre para sí mismo, más se parecía a un dios. Por eso los romanos tenían esa ansia de poder, no el anhelo por la sabiduría ni por la bondad, sino: “cuanto más poder tenga más me pareceré a un dios”.

Sila, el cruel dictador, disfrutaba siendo el hombre más poderoso del Imperio Romano, que se había ya tragado Italia, España, Grecia y parte del norte de África. Disfrutaba con la sensación de miedo que le tenía la gente, que temblaba frente a él. Pero a medida que crecía, la tarea de gobernar ese reino tan grande era ya demasiado difícil. Así que, siendo anciano, renunció a la dictadura y pasó sus últimos años como un ciudadano privado, viviendo en gran lujo y comodidad.

La gente de Roma suspiró con alivio cuando Sila dejó de ser dictador, y todos en Roma, patricios y plebeyos, senadores y soldados, sólo tenían un deseo: no tener nunca más un nuevo dictador, no estar siempre caminando con temor por la propia vida. Pero ahora que Sila se había retirado, algunos querían el poder que Sila había manejado, pero descubrieron que después de los terribles años de la dictadura de Sila, no sería tan fácil obtener ese poder.

Los senadores, así como toda la población de Roma, se resistían a que alguien intentara tomar el lugar de Sila.

Un hombre que era ambicioso, que quería el poder para sí mismo, era Julio César.

Un día pasó con algunos amigos por una pequeña villa de campesinos pobres.

Uno de sus amigos exclamó:

—“¡Qué lugar más pobre y miserable!”

Julio César dijo:

*“Sí, lo es, pero preferiría ser el primer hombre de esta villa que el segundo hombre de la gran Roma”.*

Julio César procuraba no mostrar sus ambiciones y sus sueños de poder a la gente de Roma. Al contrario, disimulaba y mostraba que todo aquello por lo que él se preocupaba era por una vida fácil de placeres. Se vestía con las más exquisitas togas, tenía un barbero que le cortaba el pelo cada día, y la gente de Roma pensaba que un hombre que se preocupaba tanto por su pelo no podría preocuparse de cosas serias, como el poder.

También era inteligente, astuto para hacerse popular entre la gente común de Roma.

Una de las principales calles de Roma, **la Vía Apia**, estaba en muy malas condiciones, llena de barro cuando llovía y con un polvo que llegaba hasta los tobillos en verano. Él la hizo reparar y pavimentar con dinero de su propio bolsillo.

A veces invitaba a la gente de Roma a una noche gratis en la arena del circo y pagaba por todos los asientos. Los ciudadanos podían ver las carreras de carros y las luchas de gladiadores sin tener que pagar por ello. Les encantaba y les gustaba que Julio César fuera tan generoso dándoles diversión gratis.

En tiempos posteriores, todos los gobernantes romanos continuaron con esa costumbre, que era la forma más fácil de ganarse el afecto del pueblo.

Cuando Julio César se había hecho famoso de esa manera, dio otro paso para alcanzar su meta del poder: hizo un acuerdo secreto con dos romanos importantes.

Uno era el exitoso general Pompeyo —la ciudad de Pompeya llevaba el nombre en su honor—, y el otro era **Craso**, el hombre más rico de Roma. Y ¿qué les dijo Julio César a Pompeyo y Craso?

*—“Ahora soy tan popular entre la gente de Roma, entre la gente común, que se regocijan cada vez que me ven. Si les pidiera que votaran por mí, lo harían. Pero me temo que a los senadores no les gustaría, no confían en mí. La única manera de acercarme a los senadores es sobornándolos, haciéndoles grandes regalos pecuniarios. Yo soy tan rico para eso, pero tú, Craso, podrías hacerlo, tú eres muy rico. De ese modo, con dinero, podríamos tener a los senadores. Y si aún hay gente en contra nuestra, tú, Pompeyo, podrías hacer que tus soldados, que te aman, luchan por ti cuando les dieses la orden. Así, los tres juntos podemos obtener el poder de Roma y compartirlo”.*

Ambos, Pompeyo y Craso, estuvieron de acuerdo, porque ellos también estaban poseídos de esa ansia romana por el poder.

Mantuvieron su pacto en secreto esperando el momento justo para convertirse en los dueños de Roma. Sila se había retirado, pero había otros hombres, astutos e inteligentes, que querían tomar su lugar.

## La Galia

En los tiempos romanos, la sabiduría de la antigua India y la bondad de la cultura proto-persa habían desaparecido, y todo lo que quedaba, especialmente en Roma, era el

sentimiento de que los dioses eran poderosos, y cuánto más poderoso era un hombre, tanto más se parecía a un dios.

Pero había un país, un país muy pequeño, que era distinto. Era la tierra de la gente a quien Moisés había sacado de Egipto más de mil años antes, llevándolos hasta la tierra prometida. Nos referimos a Palestina.

Entre la gente de esa tierra, los judíos, regía la ley de Moisés que, igual que la religión de Zaratustra, consideraba que Dios quería que los seres humanos fueran buenos, pues ante Dios contaba la bondad y solamente la bondad, no el poder.

Todas las naciones vecinas, Egipto, Roma, e incluso Grecia, adoraban a sus dioses porque eran seres poderosos.

Los judíos llamaban a Dios el Todopoderoso, pero también lo llamaban el Dios de la Misericordia; adoraban su bondad más que su poder.

Pompeyo, el general romano que, junto con Craso, el hombre más rico de Roma, había hecho un pacto secreto con Julio César, también tenía esa ansia de poder.

Encontró otra forma de ser popular con la gente de Roma. No le daba entretenimiento gratis, como Julio César lo hacía, pero conquistó más pueblos para Roma.

A los romanos les gustaba un general que podía obtener grandes victorias, que extendía el poder de Roma cada vez más.

Entre otros países, Pompeyo conquistó también Palestina, la tierra de los israelitas. Los judíos pelearon valientemente por su tierra, pero no eran suficientemente fuertes para vencer el poderío de los soldados romanos.

De modo que Pompeyo puso Tierra Santa — Palestina— bajo el poder romano, y los soldados romanos marcharon por las calles de Jerusalén, la ciudad sagrada.

Otras naciones que fueron conquistadas por los romanos en esa época aceptaban las reglas y el gobierno romano, copiaban las maneras y costumbres romanas, y adoraban también a los dioses romanos. Pero no los judíos; éstos odiaban siempre a los gobernadores romanos, no imitaban las costumbres romanas, y, además, adoraban sólo a un Dios, el Dios que les había dado los Diez Mandamientos a través de Moisés.

A los romanos les daba igual que la gente de Palestina los aceptaran o no. Estaban orgullosos de que hubiera sido agregada a sus conquistas, y ellos alababan a Pompeyo y lo llamaban Pompeyo el Grande.

Aunque Julio César tenía un pacto secreto con Craso y Pompeyo, no había amistad real entre los tres hombres.

A Julio César no le gustaba del todo escuchar que Pompeyo fuera alabado por sus conquistas. Él quería mostrar a los romanos que él también podía hacer conquistas, que era un general tan bueno, incluso mejor que Pompeyo.

Y entonces Julio César pidió a los senadores que le dieran el mando de un ejército para conquistar un gran país al noroeste de Italia, la Galia, el país que hoy conocemos como Francia. Los senadores pensaron que era una buena idea tener a un hombre tan peligroso como Julio César fuera de Roma. Mientras estuviera marchando y luchando lejos de Roma no podía causar ningún problema en la ciudad.

Así que le entregaron a Julio César un ejército y él pudo marchar al norte a conquistar la Galia.

La gente, que sólo había conocido a Julio César como un hombre que vivía rodeado de comodidades y lujo en Roma, habría quedado sorprendida si lo hubieran visto con su ejército.

Cuando sus soldados marchaban, él no iba a caballo, sino que caminaba junto a ellos —en la forma de marchar rápido, largas distancias—, comía la misma comida que la de los soldados, y en toda batalla se encontraba a Julio César allí donde la lucha era más dura.

Una vez, durante una tormenta, Julio César se había refugiado en una pequeña cabaña al lado del camino, pero cuando vio a un hombre herido acarreado por sus camaradas en una camilla, Julio César dio la orden de que ese hombre fuera introducido inmediatamente en la cabaña, saliendo él a dormir afuera, bajo la lluvia, con sus soldados.

Ese tipo de cosas hicieron a Julio César muy popular entre los soldados comunes, ellos amaban al general que compartía sus peligros y penurias.

Pero a los oficiales no les gustaba tanto.

A ellos no les gustaba marchar cuando había caballos para cabalgar, no les gustaba la comida que comían los soldados comunes, pero no tenían más remedio que hacer lo que hacía Julio César.

Y no dejaban de quejarse. Las quejas se hicieron cada vez peores, hasta que un día Julio César dio la orden de que todas sus tropas, todo su ejército, se congregase en un punto.

Cuando todos estaban parados ante él, cada legión con su oficial, Julio César les habló a los oficiales que se quejaban y dijo que los debiluchos y malcriados no eran útiles para él, y que cualquier oficial o soldado común que tuviera miedo de las largas marchas y de la lucha encarnizada, tenía su permiso para volver a Roma. Y añadió:

—*“Pero me quedaré con una sola legión, la Décima Legión, porque los soldados de la Décima Legión son verdaderos soldados”*.

Toda la Décima Legión gritó de orgullo y alegría cuando escucharon estas palabras, y los oficiales que se quejaban estaban tan avergonzados que fueron hasta Julio César y le suplicaron que les permitiera quedarse con él.

Desde ese día Julio César no tuvo más quejas, y sus soldados estaban orgullosos de poder servirle.

## Los pueblos celtas

El gran país que hoy llamamos Francia, y que en la época de Julio César se conocía como la Galia, era bastante distinto a lo que es hoy en día.

No había campos de trigo dorado ni viñedos, no existía el **“Jardín Sur del Loira”** ni había grandes ciudades.

La mayor parte de la tierra estaba cubierta de vastos bosques, más grandes y oscuros que cualquiera de los que hayamos podido ver. Y por esos bosques vagaban lobos, osos y jabalíes. La gente que vivía en esos bosques era fiera y orgullosa, esa gente de la Galia era alta, con ojos azules el pelo claro o pelirrojo. Su vestimenta era simple, los hombres usaban túnicas cortas, rodeaban sus pies con una tela unida con tiras de cuero, y sobre sus hombros llevaban una especie de manto.

El idioma que hablaban era el **galo**.

Esa gente de los grandes bosques de la Galia pertenecía a la misma gran familia de pueblos que la gente de las tierras altas de Escocia, los irlandeses, y los galeses.

En su conjunto se les llamaba los Celtas —procedían inicialmente de Galacia al sur de la actual Rusia—.

En esa época todos los países que hoy llamamos Francia, Gran Bretaña e Irlanda, el norte de España —una parte de la cual, Galicia, todavía conserva el nombre de su filiación celta—, de hecho, toda la Europa occidental, estaban habitados por los celtas. Pero nunca llegaron a unirse como una nación. Vivían en tribus o clanes separados, que siempre estaban luchando entre sí.

Igual que los judíos en Palestina, tenían el sentimiento, como en la antigua cultura proto-persa, de que Dios quería seres humanos buenos. De hecho, los celtas habían retenido algo de lo que antaño había existido en la antigua India. Sentían la sabiduría del mundo.

Cuando el sol salía en el cielo no solamente veían su luz que invadía el mundo, sino que ello equivalía a encontrarse con un ser infinitamente sabio.

Imaginemos que nos encontramos con alguien de quien tenemos la sensación de que sabe mucho más que nosotros. De una manera más intensa eso era lo que sentían los celtas cuando el sol brillaba sobre la Tierra. Los vientos que soplaban, las olas que rompían, todo era para ellos como un hermoso lenguaje, y en la luz suave de la luna veían a seres parecidos a las hadas que trabajaban en las plantas, en las flores y en los árboles.

Y los hombres santos, los sacerdotes que mejor entendían la sabiduría del sol, el secreto del lenguaje del viento y de las olas, de los elfos trabajando en las plantas, eran llamados **druidas**.

Les llevaba casi una vida entera llegar a ser druidas. Eran ancianos de barba vestidos de blanco. Además de sacerdotes, eran también médicos y jueces.

Y si algún hombre necesitaba un consejo iba a consultar al druida.

Construían sus templos como sencillos círculos de piedras —como **Stonehenge**— abiertos al cielo azul, en la naturaleza.

Vistos desde fuera, esa gente tan alta podría parecer salvaje, tosca y fiera.

Sus hogares eran cabañas sencillas amontonadas unas junto a otras y rodeadas en su conjunto por una pared de tierra. No construían ni ciudades ni caminos. Pero esa gente tenía amor por la poesía, por las canciones.

Los hombres que podrían crear poemas eran llamados bardos, y eran altamente respetados.

No poseían escritura: todos sus poemas eran recitados y cantados de memoria y toda la sabiduría y conocimiento de los druidas se aprendía por transmisión oral y se retenía de memoria.

Por fuera parecían rudos, gente fiera, pero sus corazones estaban abiertos a la sabiduría y a la belleza de la naturaleza.

Como los hombres sabios de la India, los sacerdotes de la Galia, los sacerdotes celtas, sabían que cuando uno moría su alma retomaba a la Tierra, y nacía de nuevo.

Los celtas, la gente de la Galia, tuvieron un periodo en que se producían invasiones y ataques de tribus germánicas. Y entonces pidieron ayuda a los romanos para luchar contra esos invasores.

El ejército romano, bajo el liderazgo de Julio César fue llevado a través de los Alpes hacia la Galia, supuestamente, para ayudar a los galos.

Al principio, Julio César luchó contra los invasores germanos. Los venció en terribles batallas y sólo algunos de ellos escaparon cruzando el río Rin, que limitaba la Galia con Alemania. Pero al terminar de lidiar con los invasores germanos, Julio César se volvió contra los mismos galos.

Los galos no eran una sola nación, sino que estaban divididos en muchas tribus independientes, y al faltarles la voluntad y la visión de unirse contra el general romano, una tribu tras otra fue vencida por Julio César. Sin embargo, cada una de estas tribus luchaba desesperada y valientemente por su libertad.

**La tribu de los Nervios**, que esperaba al acecho en un tupido bosque al lado de un río para atender una emboscada a los romanos. Éstos llegaron por el otro lado del río y no tenían ni idea de que el enemigo estaba tan cerca. Julio César ordenó a sus tropas que levantaran un campamento.

Algunos soldados montaron tiendas, otros comenzaron a cavar las trincheras y a levantar una muralla de tierra para proteger el campamento, otros fueron a recoger leña para el fuego, y mientras casi todos los soldados romanos estaban ocupados montando el campamento, los nervios silenciosamente cruzaron el río y súbitamente se lanzaron sobre los romanos profiriendo su grito de guerra.

Hubo una terrible confusión, los soldados que acarreaban leña o que sólo tenían una tabla para defenderse fueron degollados por los nervios, otros se apresuraron a buscar sus armas y se atropellaron entre sí, era un desastre completo. Pero en toda esa confusión Julio César permaneció tranquilo y vigilante.

Dio orden de hacer sonar la trompeta para rearmar a sus hombres que se habían alejado del campamento, se puso su armadura y con un grupo de hombres preparados, los llevó a atacar a los nervios.

La Décima Legión, su favorita, que estaba en una colina más lejos vio el desarrollo de la lucha, y se apresuró a ir en su ayuda.

Los romanos, con su disciplina estricta y su largo entrenamiento, descendieron, cerraron sus filas y mantuvieron a los nervios en la orilla del río. Pero hubo una sola cosa que los romanos no podían hacer: forzar a los nervios a retroceder y huir, porque los galos nunca le daban la espalda al enemigo. De modo que los romanos los mataron a todos, cerca de sesenta mil.

Julio César, con sangre fría y mente siempre abierta, convirtió lo que parecía un desastre en la victoria más grande. Envió un informe de su victoria a Roma. Por esta victoria, los senadores decretaron 15 días de celebraciones en Roma, con festines y juegos ininterrumpidos durante dos semanas. Y el nombre de Julio César fue alabado por todos.

La tierra de la Galia se convirtió en parte del Imperio Romano, sin que nadie pensara en lo más mínimo en los miles de muertos de los nervios.

## Britania

Julio César era un hombre inteligente. Sabía que una vez que el enemigo estaba derrotado, lo mejor era ser generoso. Pues al pasar el tiempo, el enemigo podía volverse amigo. Muchas de las tribus que lucharon contra él descubrieron que cuando se rendían Julio César no ejecutaba a sus jefes, ni tomaba prisioneros a los hombres y mujeres para ser vendidos como esclavos. Sólo exigía que reconocieran a Roma como su gobierno.

En aquellos días era raro ser piadoso, pero esa era una política estratégica de Julio César. Mientras estaba en la Galia, Julio César a menudo oía hablar de una isla que se hallaba a poca distancia de allí, cruzando el mar, al norte de la Galia. Una isla llamada Britania y que allí, en **Anglesey** había el centro más sagrado de los druidas donde cada druida había estado alguna vez.

También se sabía que algunas tribus de la isla de Britania habían enviado ayuda a sus amigos en la Galia, para luchar contra los romanos. Julio César pensó que convendría llegar a esa isla y darles a esas tribus una lección, y tal vez llegar a conquistarlas.

Sólo había una dificultad: para pasar de la Galia a Britania hacía falta barcos, y Julio César no los tenía. Aunque era una dificultad menor, porque todo soldado romano no sólo era entrenado para luchar, sino que era también experto en construcción.

Sus murallas, fortalezas y caminos perviven aún hoy en día.

Fueron construidas por los legionarios. Y también eran buenos carpinteros. Por lo tanto, si Julio César necesitaba barcos, tenía a los hombres que los construirían y disponía de los bosques de la Galia, que le suministrarían madera.

De ese modo llegó el día en que cerca de ochenta barcos romanos con cerca de doce mil soldados, liderados por Julio César, se aproximaron a las costas de Britania, cerca de **Deal**.

Los britanos, que habían oído rumores de que se acercaba Julio César, cuando vieron la flota de barcos que aproximaba, se precipitaron a la costa listos y deseosos de luchar contra los invasores. Pero los romanos descubrieron con desánimo que sus barcos no podían llegar a la orilla. El mar tenía muy poco calado y los barcos podían encallar si se acercaban más.

Sin desanimarse, Julio César dio la orden:

—“¡Saltad al agua, y llegad a la orilla!”

Pero los bravos soldados romanos no tenían valor para saltar a la fría y gris agua del mar. Incluso la Décima Legión estaba paralizada como si no hubiese escuchado la orden del general. Pero el portaestandarte no se sentía amedrentado, y con el estandarte del águila en la mano saltó al agua y gritó:

—“Aquí va el águila, ¿quién la dejara caer en manos enemigas?”

Los legionarios reaccionaron:

—“¡Ahí va el honor de nuestra legión!” Y, acto seguido, se lanzaron al mar para seguir al estandarte.

Fue una batalla feroz, pero las espadas romanas vencieron a las hachas britanas, y los britanos se vieron obligados a huir.

Julio César encontró un país salvaje, sin tesoros de interés, y al poco tiempo se marchó de Britania.

Cien años después, los romanos volverían a atacar Britania, pero Julio César había sido el primero en poner allí el pie.

## El Rubicón

Roma fue fundada por Rómulo en el año 752 a. de C. Julio César había nacido 652 años después, en el 100 a. de C., sólo cien años antes de la llegada de Cristo. Y Julio César hizo su incursión contra los britanos en el año 54 a. de C.

Pero la primera invasión de Britania por parte de Julio César fue muy breve, pues consideró que no valía la pena penetrar más en la isla. Por otra parte, el país que acababa de conquistar, la Galia, de ningún modo había quedado en paz con el gobierno romano.

Bajo el liderazgo de un hombre joven y noble, **Vercingetórix**, estalló una rebelión contra los romanos.

Por un tiempo pareció como si la Galia, que había luchado desesperadamente por la paz, fuera a derrotar a los romanos por el mero peso numérico. Los galos luchaban ferozmente, pero sin ninguna planificación, mientras los romanos eran entrenados para usar la cabeza. En cada batalla, cada regimiento sabía lo que estaban haciendo los otros, y su líder, Julio César, el general que planificaba la batalla, había pensado en cada movimiento y contra movimiento, como si fuera una partida de ajedrez.

De modo que, a pesar de la furiosa lucha de los galos, y de su gran número, fueron derrotados por la destreza de los soldados romanos y por el genio y la premeditación de Julio César como general.

La rebelión de los galos fue aplastada. Vercingetórix, su líder, fue mandado encadenado a Roma, donde languideció en prisión esperando el regreso de Julio César a Roma para celebrar su triunfo.

Siempre que un general romano vencía en alguna gran batalla o conquistaba un nuevo país, a su regreso era honrado por sus triunfos en un gran desfile para celebrar su victoria.

Algunas veces se construían ‘arcos de triunfo’ bajo los cuales pasaba toda la columna del desfile.

Hoy en día pueden verse aún muchos de ellos en Italia, España, y otros países del Mediterráneo.

Los habitantes de Roma llenaban las calles engalanadas de flores y el desfile las recorría con toda pompa. Al principio iban los oficiales de más alto rango de la ciudad de Roma en sus togas blancas —pues cada victoria era una victoria de Roma—, luego le seguían los soldados, los legionarios que marchaban con orgullo marcando el paso, con sus armaduras y armas brillando al sol, llevando el botín de guerra, los tesoros, estandartes y armas de los vencidos.

Era el día del orgullo de los soldados romanos que podían desfilarse entre las multitudes alegres de Roma.

Después de los soldados venía el carro dorado, tirado por corceles blancos, donde iba el general victorioso que llevaba en la cabeza una corona hecha de hojas de laurel. El regocijo de las multitudes crecía, era como un poderoso rugido.

Pero en el carro iba un esclavo. *¿Y qué hacía ese esclavo?*

Mientras se desencadenaba el regocijo y los gritos de alegría de la gente, el esclavo susurraba a los oídos del general:

—“No te olvides de que eres un mortal, acuérdate de que tú también tendrás que morir un día como cualquier ser humano”.

Incluso en esa gran hora de triunfo, el gran hombre tenía que recordar que sólo era un hombre como todos los demás y tenía que morir alguna vez.

Después del carro con el general victorioso seguía la triste fila de los esclavos.

El líder de los conquistados, como fue el caso del joven Vercingetórix, era ejecutado después del desfile.

Julio César tenía el derecho a ese gran honor, el derecho a desfilarse triunfalmente por las calles de Roma. Pero aún faltaba mucho tiempo antes de que pudiera recorrerlas en su carro dorado tirado por corceles blancos, y escuchar el regocijo de la muchedumbre, y el susurro del esclavo en sus oídos.

Después de aplastar la rebelión de los galos, primero tenía que asegurarse de que no iba a haber más levantamientos contra Roma.

Sus legionarios construyeron caminos para que las tropas pudieran marchar fácilmente a cualquier parte de la Galia. Aún hoy en día existen algunos caminos o vías romanas.

Para construir esos caminos se cavaba primero una zanja profunda, se la rellenaba luego con una capa de pequeñas piedras de **pedernal**, luego se cubría con una capa de **grava**, seguida por una capa de **piedra caliza**, luego otra nueva capa de grava. Finalmente, se acababa con una capa de piedra lisa y que permanecía seca.

Esas carreteras o vías construidas así duraron siglos y muchas de ellas han llegado hasta nosotros. Se construían tan rectas como el vuelo de una flecha, sin ángulos ni curvas, porque era la ruta más directa para las marchas de los soldados.

Con la misma destreza, los hombres de Julio César construyeron templos romanos después de haber sofocado la rebelión.

A los jóvenes nobles de la Galia les enseñaban profesores romanos, o eran enviados a Roma donde eran introducidos a las maneras, costumbres y leyes romanas.

De modo que, con el tiempo, los mismos galos se volvieron romanos y llegaron a militar como soldados de Roma. Olvidaron incluso su propia lengua, acabaron hablando latín, del que procede el francés moderno.

Después de aplastar la rebelión, Julio César estuvo muy ocupado en la Galia.

Mientras tanto, muchas cosas habían cambiado en Roma. Uno de los dos hombres que habían sellado el pacto secreto con Julio César, Craso, había sido asesinado en el este.

Con la muerte de Craso y Julio César lejos en la Galia, Pompeyo, el conquistador de Palestina, se convirtió en el hombre más poderoso de Roma. Los senadores estaban de su lado y preferían a Pompeyo antes que a Julio César, de modo que proclamaron cónsul a Pompeyo.

En la Galia, Julio César era informado por sus amigos en Roma de las cosas que iban sucediendo en la capital, y de que cada vez había más gente que se ponía de parte de Pompeyo.

Supo que Pompeyo había llegado a ser tan poderoso que Julio César no tenía ninguna posibilidad de hacer nada contra él. Sin embargo, Julio César esperaba, todavía no estaba listo para comenzar una guerra civil, en la que romanos lucharan contra romanos. Incluso un hombre tan ambicioso como Julio César temía ante la idea de una guerra de romanos contra romanos.

Los senadores y Pompeyo en Roma se sentían intranquilos con Julio César que estaba en la Galia al mando de un enorme ejército cuyos soldados eran verdaderos devotos suyos.

Ni los senadores ni Pompeyo podían sentirse completamente seguros mientras Julio César estuviera al mando de ese ejército.

Pero Julio César era sólo un general, y un general no es un rey, un general tiene que obedecer al gobierno, y los senadores y Pompeyo eran el gobierno.

Por eso, los senadores le mandaron a Julio César un mensaje que era una orden:

*“Disuelve tu ejército, manda a tus soldados a casa y vuelve a Roma.”*

*¿Qué podía hacer Julio César?*

Si obedecía la orden de los senadores y volvía solo a Roma, su vida estaba a merced de Pompeyo, que tal vez podía tratarlo generosamente, pero Julio César no tendría nunca más la posibilidad de llegar al poder por sí mismo.

Por otra parte, si Julio César desobedecía la orden, se convertía en un rebelde contra su propio gobierno, y los soldados romanos liderados por Pompeyo lucharían contra él.

Julio César no sabía qué hacer. Marchó con su ejército hasta un pequeño río, el Rubicón, que hacía de frontera entre la Galia e Italia. Ahí, junto al Rubicón tuvo que tomar una decisión. Podía ordenar a sus tropas que bajasen las armas y volvieran a Roma como ciudadanos privados, retornando a sus casas. O podía ordenarles marchar completamente armados bajo su comando, atravesando el puente del río, lo que significaba rebelión y guerra civil.

Sabía que la decisión era muy importante, y si decidía avanzar, no habría marcha atrás, no habría vuelta a la paz. Estuvo en pie un largo rato, mirando la corriente del río, sumergido en profundas cavilaciones, mientras los soldados estaban en pie más lejos, esperando una orden.

Mientras Julio César y sus soldados estaban de un lado del Rubicón, observó que en el otro lado había un pastor tocando una tonada con su flauta. A algunos de los soldados de Julio César les gustó el sonido de la flauta, y uno de ellos dijo:

—“¡Atravesemos el puente para acercarnos al pastor y escuchar mejor la flauta! Y cierto número de soldados cruzó el puente corriendo para llegar al otro lado.

Cuando Julio César vio a esos hombres cruzando el puente, tuvo la certeza de que eso era una señal enviada por los dioses.

Dio la vuelta y dirigiéndose al ejército que le esperaba, gritó con voz fuerte:

—“¡Los dioses nos han mandado una señal”, “alea jacta est” —“la suerte está echada”—  
*Marchemos soldados y crucemos el Rubicón!*”

Hoy en día todavía se usa esa metáfora cada vez que alguien tiene que tomar una decisión importante y difícil de la que no habrá vuelta atrás: “*Tiene que cruzar el Rubicón*”.

## Saludos, ¡oh, rey!

Julio César penetró con sus tropas en Italia atravesando el Rubicón. Todas las ciudades en el norte de Italia le iban abriendo las puertas para saludarle, aplaudirle, y darle la bienvenida. Era como si lo hubieran estado esperando.

En Roma mismo se produjo una gran confusión cuando llegaron las noticias de que Julio César había desafiado la orden de los senadores. Pompeyo trató de reunir rápidamente un ejército, pero se dio cuenta de que sus propios soldados desertaban para unirse al ejército de Julio César que venía en camino.

Cuando Pompeyo comprobó que no podía contar con ninguna tropa italiana, decidió levantar un ejército en Grecia donde tenía amigos y mucho apoyo. Y de ese modo Pompeyo huyó a Grecia.

Así Julio César pudo marchar por Italia directo a Roma sin encontrar opositores, no se levantó ninguna espada en su contra.

Cuando sus soldados entraron en Roma, lo hicieron cantando, y la gente le aplaudía.

Los senadores temblaban temerosos por sus vidas y estaban dispuestos a hacer todo lo que Julio César les pidiera.

Fue nombrado Cónsul, Tribuno e incluso Dictador, todo para agradarle. Tal vez pensaban que eso no era tan importante, porque, tarde o temprano, regresaría Pompeyo y se enfrentaría a Julio César por ellos. Pero estaban totalmente equivocados.

Sin pensarlo dos veces, el propio Julio César embarcó con su ejército a Grecia. Y Pompeyo el Grande, que nunca había perdido una batalla, perdió allí la batalla de Farsalia, donde fue derrotado por Julio César: fue el 9 de agosto del año 48 a.d.C.

Pompeyo huyó y encontró un barco que le llevó a Egipto.

Los egipcios no tenían deseo alguno de dar refugio a un hombre que era enemigo de Julio César. Querían darse a conocer como amigos de Julio César y se lo mostraron de una manera espantosa.

Cuando Julio César llegó a Egipto diez días después con una de sus legiones, el **faraón niño** le dio la bienvenida. Y cuando preguntó por Pompeyo, los cortesanos del faraón le trajeron la cabeza de Pompeyo. Lo habían asesinado cuando había pedido asilo político.

Cuando Julio César vio la cabeza de uno de los hombres más grandes de Roma, se derrumbó y lloró.

Pero una vez muerto Pompeyo Julio César ya no tenía ningún rival que se le opusiera. Era el hombre más poderoso de toda Roma.

Después de una lucha por el poder entre hermanos —Ptolomeo XIV y Cleopatra—, Julio César facilitó la ascensión al poder de faraón a Cleopatra, que en aquel entonces contaba con sólo veinte años.

Quedó profundamente enamorado de Cleopatra y ambos tuvieron un hijo: **Ptolomeo XV César**, también llamado Cesarión por los egipcios.

Después de este prolongado período en Egipto, Julio César regresó a Roma en el año 47 a. de C., llevando consigo a Cleopatra y a su hijo.

En Roma, Cleopatra se ganó muchos enemigos, que la veían como una amenaza, por lo que muchos escritores e historiadores se encargaron de ofenderla e insultarla.

La reina de Egipto caía muy mal en Roma. Vivía en una casa cerca del Tíber, junto a su hijo, pero seguía como la amante de Julio César y no sufrió penalidades —recordemos que Julio César estaba casado oficialmente con **Calpurnia**—.

Cuando Julio César regresó a Roma tenía 52 años. La gente se acordaba de Sila y pensaba que Julio César se vengaría de los senadores y de los amigos de Pompeyo o de cualquiera que hubiera estado contra él.

Pero Julio César sorprendió a todos, amigos y enemigos, por su tolerancia.

No sólo perdonó a los amigos de Pompeyo, sino que les otorgó puestos importantes. Se preocupó de los soldados que le habían servido con lealtad, le habían apoyado y luchado por él. Cada uno recibió un generoso regalo en monedas, y una parcela de tierra en Italia.

También se preocupó de los pobres de Roma. Por orden suya, Cartago fue reconstruida para la gente pobre de Roma y de otras partes del imperio. De ese modo esa gente podía crear una nueva ciudad con sus propias casas y jardines en el norte de África.

Extrañamente, además de ser cónsul, tribuno y dictador, a Julio César le fue otorgado otro gran honor, fue designado "*Pontifex Maximus*" o "*Sumo pontífice*", el sacerdote que está por encima de los demás sacerdotes.

*"Pontifex" quiere decir "el que construye el puente entre los seres humanos y los dioses"*. El nombre latino para el Papa, hoy en día, sigue siendo el de "*pontífice*".

Como sumo sacerdote del Imperio Romano, Julio César tenía que revisar el calendario para fijar las fechas de las fiestas romanas.

El calendario romano de los tiempos de Julio César no era igual que el nuestro. Estaba regido por la luna. De una luna llena a otra pasan alrededor de veintinueve días y medio, y el mes era sólo de 20 o 30 días, doce meses que daban 354 días, que son 11 días menos que un año real. Ello implicaba que cada año empezaba 11 días antes que el anterior, lo que era un verdadero enredo.

Julio César decidió cambiar la situación. Llamó a algunos astrónomos famosos de Egipto, y bajo su consejo se modificó el calendario que pasó a parecerse al nuestro —la inclusión del año bisiesto se produjo mucho más tarde. Se alargaron los meses que pasaron a ser de 30 o 31 días, con excepción de febrero que tenía 28 días, o 29 días cada 4 años.

Eso dio un año de 365 días y un cuarto: El calendario juliano. Y en honor y memoria de Julio César al mes más luminoso y soleado del año (en el hemisferio norte) se le dio el nombre Julio: cuando hablamos de ese mes estamos recordando a Julio César.

Otro honor que se le otorgó fue el título de "*Imperator*" "*emperador*"; es decir, comandante máximo de todos los soldados romanos.

De ese modo, Julio César acabó adquiriendo mucho más poder que cualquier hombre antes: tribuno, dictador, cónsul, emperador y sumo sacerdote.

Pero a pesar de ser ambicioso y disfrutar en ser el hombre más poderoso del mundo antiguo, usaba su poder sabiamente.

Sin embargo, había un título que Julio César no tenía, el título de rey.

Tenía más poder que cualquier rey, pero no podía llamarse a sí mismo rey. Incluso los romanos que le amaban podrían haberse vuelto en contra suya si lo hubiera hecho. Pero todos los otros poderes y títulos tenían que morir con Julio César, no podía traspasárselos a un hijo o a un pariente. De hecho, excepto por Cesarión, Julio César no tuvo hijos, su pariente más cercano fue Octavio, el hijo de su sobrina, y que él convirtió en hijo adoptivo.

Mientras que los reinados se heredaban, los romanos ya no querían tener reyes, veneraban a Julio César, pero cuando él muriera Roma volvería a sus costumbres republicanas y no estaría a merced de un solo hombre. Por eso los romanos podrían haberse vuelto contra Julio César si hubiera asumido el título de rey.

Julio César lo sabía, y se cuidaba mucho de evitar cualquier sospecha de que él también quería ser rey.

Marco Antonio, un joven oficial que había luchado con él contra Pompeyo, y lo admiraba mucho, al ver a Julio César un día en el foro le saludó con las palabras:

—“¡Ave rex! ¡Se te saluda, rey!”

Julio César frunció el ceño y dijo:

—“Marco Antonio, ¿no sabes que soy Julio César y no rey?”

Y de aquel día en adelante hubo rumores en Roma de que Julio César quería ser rey.

Un día, durante el gran festival de las **lupercales**, Julio César contemplaba y escuchaba desde su balcón los cantos y celebraciones de la gente en la calle. Al verle, la gente empezó a aplaudirle y aclamarle. Y apareció Marco Antonio en el balcón con una corona de oro en sus manos y se la ofreció a Julio César. La multitud se quedó en silencio, y Julio César sonrió y apartó la corona. Entonces la multitud al observarlo, empezó a aplaudir fervorosamente.

Una vez más Marco Antonio le ofreció la corona y Julio César volvió a rechazarla, y lo mismo sucedió una tercera vez. Entonces los enemigos de Julio César esparcían rumores de que Marco Antonio le había ofrecido la corona a Julio César porque Julio César mismo quería averiguar la reacción de los romanos si él aceptara ser rey. Y ese rumor se extendió y hubo cada vez más gente que empezó a creérselo.

### Los idus de marzo

Roma estaba repleta de rumores: unos decían:

—“Julio César será proclamado rey”. Otros replicaban:

—“No, la gente jamás lo apoyaría”. Y otros más:

—“Sus soldados van a proclamarlo y nos lo van a imponer como rey”.

La gente rumoreaba y hablaba. Incluso los que amaban a Julio César empezaron a creer que tal vez era cierto que iba a ser nombrado rey y que luego Octavio heredaría su poder como sucesor. Después de todo, ¿por qué Julio César llevaba a Octavio a donde quiera que fuera? ¿Por qué lo trataba como a un príncipe de la corona?

Aún había gente en Roma que, a pesar de que le gustara Julio César, no querían que Roma fuera regida por siempre por un solo hombre. Ellos esperaban que cuando Julio César muriera Roma sería libre de escoger un nuevo líder. Una de esas personas era **Bruto**, descendiente del Bruto que antaño había echado al último rey, Tarquinio, el etrusco.

Bruto tenía muchas razones para estimar a Julio César, porque éste le apreciaba y nunca le había negado ningún favor.

Bruto apreciaba a Julio César, pero creía de todo corazón que Roma tenía que volver a ser una verdadera república. Temía que Julio César no descansaría hasta convertirse en rey y que eso sería el fin de todas las esperanzas de que los romanos algún día pudieran volver a escoger a sus líderes.

Bruto estaba cada vez más convencido de que había una sola manera de detener a Julio César: asesinandolo.

A pesar de que Bruto era amigo de Julio César, sintió que su deber frente a Roma era asesinar a Julio César antes de que él mismo se proclamara rey.

Bruto tenía un amigo, **Casio**, que, a diferencia de Bruto, odiaba a Julio César.

Casio había sido amigo de Pompeyo y no podía olvidar la manera tan miserable en que había muerto el pobre Pompeyo, y todo a causa de Julio César.

Era cierto que Julio César había sido amable con Casio, y hasta le había dado un alto cargo, pero, en su corazón, Casio no había perdonado a Julio César. Quería vengar a Pompeyo.

De modo que estos dos hombres, Bruto y Casio, encontraron a una serie de hombres que odiaban a Julio César por diferentes razones —envidia, ambición, venganza— y los conspiradores empezaron a reunirse secretamente para planear el asesinato de Julio César.

Mientras más gente se unía a la conspiración, mayor era el riesgo de que uno de ellos traicionara a los otros contándoselo a Julio César.

Bruto y Casio decidieron que no esperarían más tiempo. Había llegado el momento de actuar. Al día 15 de cada mes, los romanos lo llamaban los “idus”, “la ‘mitad del mes”, y en los idus de marzo tenía que realizarse un importante encuentro en el senado y en el foro.

Naturalmente, Julio César estaría allí. Y ese sería el momento y el lugar idóneos para asesinarlo.

Un hombre clarividente, que podía ver el futuro, había advertido a Julio César que los idus de marzo serían para él muy peligrosos y que debía estar en guardia. Pero Julio César se reía de esa advertencia.

La noche del 14 de marzo hubo un banquete en la casa de Julio César y durante la conversación sus invitados comenzaron a hablar de la muerte. Uno de ellos le preguntó a Julio César qué tipo de muerte le gustaría a él. Julio César contestó:

—*“Una muerte repentina”.*

Durante la noche, la esposa de Julio César, Calpurnia, tuvo una pesadilla en la que vio el cuerpo de Julio César lleno de sangre y que le traían a casa el cadáver ensangrentado.

Cuando despertó a la mañana siguiente, llena de lágrimas, le imploró a Julio César que no fuera al senado ese día.

Y Julio César, para hacerle un favor a ella, consintió en quedarse en casa.

Cuando se veía que Julio César no llegaba al Senado hubo una gran consternación entre los senadores.

*¿Qué hacer? ¿Por qué no se había presentado?*

Pero los más alterados eran Bruto y Casio y los demás conspiradores, que llevaban sus dagas escondidas debajo de la toga.

Bruto se dirigió a casa de Julio César para averiguar qué le mantenía allí.

Cuando Julio César le habló del sueño de su esposa, Bruto le dijo:

—*“¿Habré de decirle a Roma que Julio César se queda en casa por los sueños de su esposa?”*

Eso hirió el orgullo de Julio César. No quería que los romanos se rieran de él, y a pesar de las súplicas desesperadas de Calpurnia, se fue con Bruto.

Mientras caminaban a través de las calles Julio César vio al clarividente que había profetizado que el mal caería sobre él en los idus de marzo, y Julio César le dijo:

—*“Los idus de marzo ya han llegado, amigo mío”.* El vidente respondió:

—*“Sí, pero aún no han terminado”.*

Entre la gente de las calles había un hombre que parecía ansioso de entregarle un trozo de papel a Julio César. Le dijo:

—*“Léelo, Julio César, tiene que ver con tu seguridad”.*

El papel contenía los nombres de los conspiradores que habían planeado asesinar a Julio César. Pero Julio César estaba tan apremiado por entrar en el senado que no miró el papel, y se lo pasó a alguien para que se lo guardara.

En cuanto Julio César entró en el senado, Bruto, Casio y los otros conspiradores se le acercaron y lo rodearon para evitar que el resto de senadores pudieran ver lo que estaba sucediendo.

Entonces, uno de ellos le entregó a Julio César una carta de súplica, con una petición que Julio César ya había rechazado antes.

Julio César miró la carta y enojado respondió negativamente al senador que se la había entregado y se dio la vuelta. En ese mismo instante el hombre tomó la toga de Julio César por la parte de atrás del cuello y la tiró hacia abajo.

Esa era la señal para los conspiradores: que sacaran sus dagas, se abalanzaran sobre Julio César y se las clavaran.

Con la sangre chorreando de sus heridas, Julio César golpeaba a sus atacantes con las manos vacías. Entonces vio cómo Bruto —el hombre que él estimaba y en el que confiaba— levantaba su daga para clavársela, y le gritó:

—“*Et tu Bruto. ¿Tú también, Bruto?*”

Entonces se cubrió la cara con la toga, y cayó muerto al suelo, justo al pie de la estatua de Pompeyo.

Ese fue el fin de Julio César, el hombre que había adquirido más poder que cualquier romano antes que él.

Cuando el resto de senadores vieron lo que estaba sucediendo en el senado, el lugar de la ley y de la justicia, quedaron horrorizados y huyeron de allí. No querían tener nada que ver con ese crimen.

Mientras se alejaban del senado se encontraron con Marco Antonio, el joven oficial que tanto admiraba a Julio César, y al escuchar la espantosa noticia temió que él mismo también podría ser asesinado, porque era amigo de Julio César, y también se alejó de allí. Mas no por mucho tiempo.

Tras la muerte de Julio César, Cleopatra tuvo que volver a Egipto con su hijo. Allí quedó reinando ella junto a Cesarión.

Mientras tanto, los conspiradores empezaron a preocuparse de que la gente de Roma se volviera contra ellos.

Aún estaban discutiendo lo que debían hacer cuando se presentó Marco Antonio y exigió que Julio César tuviera un funeral público. Bruto y Casio estuvieron de acuerdo.

En un funeral público era costumbre hacer grandes discursos, y esa era una buena ocasión para ellos de hablarle a la gente de Roma y explicarles que ellos no eran asesinos comunes, sino que habían asesinado a Julio César por el bien de la libertad romana. Estuvieron también de acuerdo en que a Marco Antonio se le permitiera hablar.

Al día siguiente, se colocó el cuerpo de Julio César sobre un altar en el foro. Primero habló Bruto, y habló con tal sinceridad, explicando por qué un amigo de Julio César, como era él, había decidido que Julio César muriera antes de convertirse en rey.

Habló tan bien que la gente de Roma prorrumpió en aplausos, y estuvo de acuerdo en que lo que Bruto había hecho era lo correcto.

Pero entonces le tocó el turno de hablar a Marco Antonio y su discurso quedó inmortalizado en las palabras del escritor inglés **Shakespeare**, en su obra “Julio César”:

<https://ideaswaldorf.com/sueno-de-una-noche-de-verano/>

—“*Amigos, romanos, compatriotas, présteme atención; he venido a enterrar a Julio César, no a ensalzarlo. El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele quedar sepultado con sus huesos. Que así ocurra con Julio César. El noble Bruto les ha dicho que Julio César era ambicioso; si lo fue, esa fue una falta de extrema gravedad, y Julio César gravemente la ha pagado.*”

-“He venido a hablar en el funeral de Julio César, por la benevolencia de Bruto y de los demás, pues Bruto es un hombre honorable, como son todos los demás, hombres honorables. Él fue mi amigo, fiel y justo conmigo; pero Bruto dice que era ambicioso; y Bruto es un hombre honorable.”

-“Julio César trajo a Roma muchos cautivos, y sus rescates llenaron el tesoro público. ¿Puede verse en esto la ambición de Julio César?”

-“Cuando el pobre lloraba, Julio César lloraba; la ambición tendría que ser de una sustancia más dura; Pero Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honorable”.

-“Todos vieron que, en las Lupercales, le ofrecí tres veces una corona real, y tres veces la rechazó”.

-“¿Era eso ambición?”

-“Pero Bruto dice que era ambicioso y es indudable que Bruto es un hombre honorable”.

-“No hablo para desmentir lo que Bruto, dijo, sino que estoy aquí para decir lo que sé.

-“Todos amaron a Julio César alguna vez, y no sin razón. ... ¿Qué razón, entonces, les impide ahora hacerle el duelo?”

“¡Ay, raciocinio te has refugiado entre las bestias, y los hombres han perdido la razón!

-“Perdonadme. Mi corazón está ahí en ese féretro, con Julio César, y debo detenerme hasta que vuelva en mí...”

(Los ciudadanos discuten entre sí sobre las palabras de Marco Antonio, y él reanuda el discurso.)

-“Ayer, la palabra de Julio César hubiera prevalecido contra el mundo. Ahora yace ahí y nadie hay con la suficiente humildad para reverenciarlo.

-“¡Oh, señores! Si tuviera el propósito de excitar sus mentes y sus corazones al motín y a la cólera, sería injusto con Bruto y con Casio, que, como todos saben son hombres honorables”.

-“No quiero ser injusto con ellos. ¡Prefiero serlo con el muerto, conmigo mismo y con ustedes, antes que con esos hombres tan honorables! Pero aquí hay un pergamino con el sello de Julio César. Lo encontré en su gabinete. Es su testamento. Si se hiciera público este testamento que, perdonadme, no tengo intención de leer, irían a besar las heridas de Julio César muerto y a empapar sus pañuelos en su sagrada sangre. ¡Suplicarían un cabello suyo como reliquia, y al morir lo mencionarían en vuestro testamento, como un rico legado a su posteridad!”

(Los ciudadanos reclaman que se lea el testamento.)

-“Tengan paciencia, gentiles amigos. No debo leerlo. No es conveniente que sepan hasta qué extremo les amó Julio César”.

“No están hechos de madera, ni de piedra, son seres humanos, y, como seres humanos, sí oyen el testamento de Julio César se van a inflamar, se van a volver locos”.

“No es bueno que sepan que son sus herederos, pues si lo supieran, podría ocurrir cualquier cosa”.

(Los ciudadanos siguen reclamando que se lea el testamento.)

-“¿Serán pacientes? ¿Querrán esperar un poco? He ido demasiado lejos al decirles esto. Temo agraviar a los honorables hombres cuyos puñales traspasaron a Julio César. ¡Lo temo!”

(Los ciudadanos empiezan a ver a Bruto y Casio como traidores y reclaman que se lea el testamento.)

-“¿Me obligan a que lea el testamento? En ese caso, formen círculo en torno al cadáver de Julio César, y déjenme mostrarles al que hizo el testamento.

-¿Puedo descender? ¿Me dan su permiso?

(Hacen sitio a Marco Antonio.)

-*"Si tienen lágrimas, prepárense a derramarlas". Todos conocen este manto. Recuerdo la primera vez que Julio César se lo puso. Era una tarde de verano, en su tienda, el día que venció a los nervios".*

-*¡Miren: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Vean que brecha abrió el envidioso Casca! ¡Por esta otra le apuñaló su muy amado Bruto!"*

-*"Y al retirar su maldito acero, observen cómo la sangre de Julio César lo siguió, como si se abriera de par en par para cerciorarse si Bruto, malignamente, la hubiera llamado. Porque Bruto, como saben, era el ángel de Julio César".*

-*"¡Juzguen, oh dioses, con qué ternura le amaba Julio César!"*

-*"¡Ese fue el golpe más cruel de todos, porque cuando el noble Julio César vio que él lo apuñalaba, la ingratitud, más fuerte que las armas de los traidores, lo aniquiló completamente. Entonces estalló su poderoso corazón, y, cubriéndose el rostro con el manto, el gran Julio César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo, al pie de la cual se desangró..."*

-*"¡Oh qué funesta caída, conciudadanos! En aquel momento, yo y ustedes, y todos, caímos, mientras la sangrienta traición nos sumergía".*

-*"Ahora lloran, y me doy cuenta que empiezan a sentir piedad. Esas lágrimas son generosas. Almas compasivas: ¿por qué lloran, si sólo han visto la desgarrada túnica de Julio César?"*

-*"Miren aquí. Aquí está, desfigurado, como ven, por los traidores".*

(Los ciudadanos reclaman venganza.)

-*"¡Conténganse, ciudadanos! Amigos, queridos amigos: que no sea yo quien les empuje al motín. Los que han consumado esta acción son hombres dignos. Desconozco qué secretos agravios tenían para hacer lo que hicieron. Ellos son sabios y honorables, y no dudo que les darán razones. No he venido, amigos, a excitar vuestras pasiones".*

-*"Yo no soy orador como Bruto, sino, como todos saben, un hombre franco y sencillo, que quería a su amigo. Y eso lo saben muy bien los que me permitieron hablar de él en público. Porque no tengo ni talento, ni elocuencia, ni mérito, ni estilo, ni ademanes, ni el poder de la oratoria para enardecer la sangre de los hombres. Hablo llanamente y sólo digo lo que ustedes mismos saben".*

-*"Les muestro las heridas del amado Julio César, pobres, pobres bocas mudas, y les pido que ellas hablen por mí. Pues si yo fuera Bruto, y Bruto Marco Antonio, ese Marco Antonio exasperaría vuestras almas y pondría una lengua en cada herida de Julio César capaz de conmover y amotinar los cimientos de Roma".*

(Los ciudadanos llaman al motín.)

-*"Escúchenme, ciudadanos. Escuchen lo que tengo que decir".*

-*"¿Qué ha hecho Julio César para merecer vuestro afecto? ¿No lo saben? Yo se lo diré".*

-*"Han olvidado el testamento del que les hablé".*

(Reclaman que lo lea.)

-*"Aquí está, con el sello de Julio César: a todos y cada uno de los ciudadanos de Roma, lega setenta y cinco dracmas. Lega, además, todos paseos, sus quintas particulares y sus jardines, recién plantados a este lado del Tíber. Los deja a perpetuidad a ustedes y a sus herederos, como parques públicos, para que se paseen y recreen".*

-*"¡Este sí que era un Julio César! ¿Cuándo tendrán otro como él?"*

## En Filipos

Los que alguna vez han estado en peligro de una muerte súbita —por ejemplo, un escalador que cae por un precipicio, o un nadador que ha estado a punto de ahogarse, pero que ha sido salvado en el último momento—, en muchos casos han tenido una extraña experiencia.

Relatan que vieron en un instante su vida entera, todos los acontecimientos de su vida desde la más tierna infancia hasta ese momento de la muerte. Si eso le pasa a las personas que han estado a punto de morir, también puede pasarle a todo el mundo cuando muere de verdad: que perciba una visión de toda su vida cuando ésta se acaba.

Imaginemos el momento en que Julio César gritó:

—“¿Tú también Bruto?”

Y cubrió su rostro con la toga, desplomándose en el suelo del Senado. En ese momento tal vez vio toda su vida, todos los grandes y pequeños acontecimientos de su vida.

¿Qué habría visto?

Volvió a ver el día en que estaba frente a Sila y éste le amenazó de muerte si no se divorciaba de su esposa plebeya: el día en que recitaba poemas a los piratas y ellos se le reían; el día que hizo el pacto con Pompeyo; los espesos bosques de la Galia, los hombres de la Décima Legión que le veneraban, el Rubicón donde estuvo sopesando lo que debía hacer, su propio triunfo, y cómo los senadores le daban todos los honores y títulos, la batalla contra Pompeyo, aquel día terrible en Egipto cuando le ensañaron la cabeza de Pompeyo, a Marco Antonio que lo estimaba pero que, sin querer, hacía lugar a los rumores contra Julio César, a su sobrino nieto Octavio, a Bruto en quien había confiado y que era uno de sus asesinos.

Fue una gran vida plagada de aventura que acabó el 15 de marzo del 44 a. de C. Era una vida que le había llevado al poder, al poder máximo, pero había pagado su precio por ella creándose enemigos, provocando que la gente le odiara.

Con la muerte de Julio César comenzó una nueva lucha por el poder.

Marco Antonio, con su gran discurso, había conmovido los corazones de los romanos que acabaron volviéndose contra los conspiradores, Bruto y Casio.

Los asesinos de Julio César tuvieron que huir de Roma y pusieron rumbo a Grecia. A pesar de haber asesinado a Julio César, que confiaba en él, Bruto no quería el poder para sí mismo. Real y sinceramente, quería restaurar la república romana.

Pero Marco Antonio, que había incitado a los romanos contra Bruto, se veía a sí mismo como sucesor de Julio César. Marco Antonio quería poder.

Pero había alguien más que se consideraba el legítimo heredero de Julio César.

Era Octavio, el pariente masculino más cercano a Julio César, su sobrino nieto. Hubo un momento en que parecía que Octavio y Marco Antonio iban a empezar una guerra civil. Pero cuando oyeron que Bruto y Casio habían reclutado un ejército en Grecia —en Grecia había siempre hombres dispuestos a rebelarse contra los romanos—, comprendieron que sería una locura declararse la guerra entre ellos, y por consiguiente hicieron un pacto para reunir sus fuerzas para derrotar a Casio y Bruto.

Y cuando lo consiguieran gobernarían en un triunvirato, tres hombres —**Lépid**o, Marco Antonio y Octavio—, compartirían el poder como socios iguales.

Los ejércitos respectivos partieron para Grecia hasta que llegaron a la vista de las tropas de Casio y Bruto.

Era el año 42 a. de C. El lugar donde los ejércitos se enfrentaron estaba cerca de una ciudad llamada **Filipos**.

La noche anterior a la batalla, a Bruto le ocurrió algo extraño. Estaba solo en su tienda, sus soldados estaban durmiendo excepto los que hacían el turno de guardia nocturna.

Todo estaba en silencio, pero Bruto no podía dormir y no era la batalla del día siguiente lo que le preocupaba.

Era un romano, y las batallas eran algo a lo que estaba acostumbrado. Pero desde la muerte de Julio César le costaba dormir.

Así que sentado en su tienda a la luz de una lámpara de aceite, súbitamente sintió que no estaba solo, alzó la mirada y vio ante él una figura extraña y adusta. Preguntó:

—“¿Quién eres?” La extraña aparición respondió:

—“Soy tu genio negativo”. Y entonces reconoció al fantasma de Julio César.

Y le gritó:

—“¿Qué quieres de mí?” Y el fantasma le contestó con una voz hueca:

—“Mañana te veré en Filipos”. Pero Bruto se rehízo y respondió:

—“Bien, entonces nos veremos mañana en Filipos”. Y el fantasma desapareció.

Bruto no era un cobarde. Fuera o no un fantasma, dirigió a sus hombres tan bien y luchó con tanto coraje que las tropas de Octavio acabaron dando media vuelta y huyendo. Pero Marco Antonio, que había luchado y había derrotado a Casio, el amigo de Bruto, pudo ir en ayuda de Octavio.

Ese fue el final de la batalla, con los soldados de Bruto huyendo, y Bruto con ellos. Casio se había suicidado en lugar de entregarse.

Durante la noche, Bruto comprendió que no podría escapar, que Marco Antonio y Octavio no descansarían hasta que lo capturaran y lo mataran por el asesinato de Julio César. Pero Bruto no permitiría que le llevaran encadenado por Roma.

Como romano era demasiado orgulloso para tener ese fin. De modo que en la noche que siguió a la batalla de Filipos, Bruto se suicidó clavándose su propia espada.

Cuando los soldados de Marco Antonio encontraron el cadáver de Bruto, el propio Marco Antonio se acercó y miró en silencio a su enemigo muerto. Y dijo:

—“Aquí yace un noble romano”. Y puso su propio manto púrpura sobre Bruto como signo de respeto por un noble enemigo. Luego Octavio, Marco Antonio y Lépido mantuvieron su pacto.

En la ciudad de Roma y en Italia gobernaban los tres por igual. Fuera de Italia, Octavio gobernaría la Galia e Hispania en occidente, Marco Antonio gobernaría el oriente, que incluía Grecia, Siria y Palestina; y Lépido gobernaría las provincias de África.

Para sellar el acuerdo y fortalecer su amistad, Marco Antonio se casó con Octavia, la hermana de Octavio.

La gente de Roma y los senadores, ya no tenían nada que decir. Marco Antonio y Octavio simplemente se dividieron el poder entre ambos a su placer. A los senadores sólo se les informó y ellos tuvieron que aceptarlo. Bruto había matado a Julio César en vano, y había perdido su propia vida en vano.

Nunca más hubo una república romana.

### Marco Antonio y Cleopatra

<https://ideaswaldorf.com/9-marco-antonio-y-cleopatra/>

Durante un tiempo, Marco Antonio permaneció en Roma con su joven esposa Octavia, y compartía la tarea de gobernar el Imperio Romano con Octavio y Lépido, con quienes habían formado un segundo triunvirato en el 43 a. de C.

En el año 41 a. de C. —tres años después de la muerte de Julio César—, Marco Antonio se desplazó a la parte del imperio que le correspondía gobernar, que incluía Egipto, Siria y

Macedonia y donde no tenía que compartir el poder. De modo que dejó a su esposa en Roma y viajó primero a Grecia.

Muchos griegos habían estado dispuestos a luchar por el desafortunado Bruto, y Marco Antonio se propuso la tarea de castigar a los hombres que habían ayudado a Bruto.

Muchos griegos perdieron sus vidas o languidieron en prisión por haber estado en el lado perdedor de la batalla de Filipos.

Marco Antonio aprovechó para entrar en contacto con Cleopatra y envió un mensajero a la reina de Egipto para llamarla en su ayuda en su guerra contra los republicanos, pero la reina no quería que Egipto entrara en una guerra civil de los romanos y tampoco se fiaba de él. Finalmente, accedió a reunirse con él con la condición de hacerlo en su propio barco, considerado como suelo egipcio donde fuere que estuviese anclado.

Así que se encontraron en Tarso en el año 41 a. de C. La reina de Egipto se presentó unas pocas semanas después de que se hubiera enviado el mensaje, Marco Antonio fue informado de que se aproximaba un bajel, que según explicaron excitados sus sirvientes, era algo nunca visto antes.

Llevado por la curiosidad, Marco Antonio se apresuró en ir hacia el puerto y vio un espectáculo asombroso. El barco real egipcio estaba cubierto de láminas de oro y parecía como si todo él estuviera hecho de oro. Llevaba una vela púrpura y los remos estaban tan tachonados de clavos de plata que parecían estar hechos completamente de plata.

Cuando ese barco resplandeciente llegó al embarcadero se extendió una pasarela y un esclavo negro invitó a Marco Antonio a subir a bordo. Cuando llegó a la cubierta vio, reclinada en un diván, a la mujer más bella que jamás hubiera visto. Tenía el pelo oscuro, ojos negros grandes y su bella figura estaba vestida en telas de la más delicada seda.

Un sirviente la abanicaba con grandes plumas de pavo real. A su alrededor había músicos que tocaban suavemente el arpa.

Con una voz que parecía música, la reina lo invitó a sentarse a su lado. Y la belleza, el encanto, y la inteligencia de esa mujer obraron como si fuera un hechizo mágico sobre Marco Antonio.

En unos instantes se olvidó de su joven esposa en Roma, se olvidó de Roma y de sus deberes, y de su pacto con Octavio. Solamente le importaba una cosa: esa hermosa mujer, la reina de Egipto, Cleopatra.

Al día siguiente el barco regresó a Egipto, y en él iba Marco Antonio. Se fue con Cleopatra hasta Alejandría y permaneció allí durante el invierno de ese año, y allí tuvo dos hijos gemelos con ella.

Tras la muerte de su esposa Fulvia, Marco Antonio se casó con Octavia, hermana de Octavio. Después de invadir Armenia y Partia e incorporarlas al imperio, Marco Antonio regresó a Alejandría, donde volvió a reunirse con Cleopatra, y declaró a Cesarión heredero de Julio César.

El gran Marco Antonio que había derrotado a Bruto y Casio, cuyo discurso había conmovido a los romanos, el amigo de Julio César, se volvió tan blando como la cera en las manos de Cleopatra.

Vivía rodeado de un impresionante lujo y esplendor en el palacio de Cleopatra, como si fuera su esposo, y dejó de pensar en su esposa en Roma y en lo que ella sentiría cuando se enterara de la noticia. Su vida estaba tan llena de fiestas, celebraciones, placeres y diversiones, estaba tan sometido al hechizo de Cleopatra que no se preocupaba en nada por lo que pasaba en Roma.

El triunvirato expiró en el año 33 a. de C. y no se renovó. Mientras tanto Octavio había mostrado a los romanos que era un digno sucesor de Julio César.

Las legiones romanas estaban bien entrenadas y bien pagadas. La ley y la justicia romana mantenía el orden y la paz en el país. Al principio, los romanos habían preferido a Marco Antonio, porque era un joven oficial apuesto y elegante que podía dar emocionantes discursos. Pero con el tiempo comprobaron que Octavio, ese hombre más bien serio, que trabajaba duramente y tomaba muy seriamente su tarea de gobernar Roma, era un hombre y un gobernante mejor que Marco Antonio.

Al final, Octavio decidió —y los ciudadanos de Roma estuvieron de acuerdo— que no debía tolerar a un socio que había abandonado a su esposa, que no trabajaba, y que malgastaba su tiempo viviendo en el indolente lujo bajo el hechizo de una reina extranjera. De modo que Octavio envió una flota para luchar contra Marco Antonio y acabar con su pacto mutuo.

Marco Antonio no estaba preocupado, tenía su propia flota y Cleopatra tenía otra e insistía en mandar su propia flota en la batalla. De ese modo, las flotas conjuntas de Marco Antonio y Cleopatra se enfrentaron con las naves de Octavio en el mediterráneo, cerca de la ciudad griega de Actium. Pero en medio de la batalla naval, Cleopatra, repentinamente, ordenó que todas sus naves volvieran a Alejandría.

Cuando Marco Antonio vio que las naves de Cleopatra se retiraban, perdió todo interés en la batalla naval, y marchó precipitadamente tras de ella, dejando abandonadas a su suerte al resto de naves de su flota, que fueron destruidas por Octavio.

Marco Antonio llegó a Alejandría y los llorosos sirvientes le dijeron que Cleopatra se había suicidado.

Cuando oyó la noticia, estaba desesperado e, igual que Bruto, se quitó la vida con su propia espada. Pero en realidad Cleopatra le había engañado, todavía estaba viva y pretendía hechizar esta vez a Octavio, aunque estaba equivocada, pues cuando a Octavio llegó a Alejandría con su flota victoriosa, puso a Cleopatra bajo arresto de los soldados romanos. Y Cleopatra averiguó lo que le esperaba, a través del oficial de la guardia: que la conducirían encadenada por las calles de Roma en el desfile triunfal de Octavio.

Al oír eso, Cleopatra supo que no tenía oportunidad alguna de atrapar a Octavio en su red. A petición suya, los guardias romanos dieron permiso para que una de sus sirvientas le llevara una cesta de higos. Ocultas bajo los higos había serpientes venenosas. Cleopatra tomó una serpiente y dejó que le mordiera. De ese modo murió la mujer más fascinante de su época.

Cuando Octavio se enteró de su muerte solamente se lamentó de no poderla haber paseado por las calles de Roma en su desfile triunfal.

Habiendo hecho renunciar a Lépido años antes, y una vez derrotado Marco Antonio, Octavio ostentaba ahora todo el poder en Roma.

Finalmente ocupaba el puesto de Julio César.

## Dios en la Tierra

Habiendo hecho renunciar a Lépido años antes, y una vez derrotado Marco Antonio, Octavio ostentaba ahora todo el poder en Roma, finalmente ocupaba el puesto de Julio César. Pero ¡cuán diferentes eran los dos hombres que habían querido ocupar el puesto de Julio César: ¡Marco Antonio y Octavio!

Marco Antonio era un gallardo oficial, fuerte, bello y que podía hablar con gran elocuencia. Era el hombre que gustaba a todo el mundo a primera vista. Pero esa agradable apariencia exterior era sólo eso: experiencia externa, pues interiormente era débil y blando,

buscaba el placer y el lujo, mientras que el deber, el trabajo duro y la responsabilidad le preocupaban poco.

Si hubiéramos conocido a Marco Antonio seguramente nos habría gustado, pero nunca podríamos haberlo respetado.

Octavio era lo opuesto, desdeñaba el lujo. Incluso cuando alcanzó el poder máximo en Roma, sus comidas eran frugales, las mismas que un simple campesino italiano: pan, queso, aceitunas, poca carne y un poco de vino. Podría haber llevado las vestiduras más exquisitas y más caras, pero eligió una túnica y una toga tejida a mano por su esposa, Livia Drusila en su propio telar. Ella misma podría haber tenido los placeres de una reina, pero prefería vivir como una simple ama de casa romana.

Si hubiéramos conocido a Octavio, probablemente no nos hubiera gustado al principio, porque era demasiado serio y adusto, un hombre parco en palabras, no era una compañía divertida como lo era Marco Antonio. Podríamos haberlo encontrado frío y no tan vivaz como Marco Antonio, pero con el tiempo habríamos descubierto que ese hombre tranquilo tenía una enorme fuerza interior y una determinación férrea. Tal vez no nos habría gustado, pero se habría ganado nuestro respeto. Por lo tanto, no fue por casualidad que al final fuera Octavio quien ocupara el lugar de Julio César.

Marco Antonio estaba destinado a perder, destruido por sus propias debilidades.

Fue bueno para Roma que Octavio asumiera el poder, porque no hizo mal uso de él dedicándose a una vida fácil y lujosa. Realizaba sus deberes como gobernante de un gran imperio con mucha seriedad y trabajaba mucho más y mejor que muchos de los hombres ricos de Roma.

Demostró ser un gobernante sabio, y Roma estaba libre de guerra civil por primera vez en muchos años. Había paz en el país, y el comercio y la economía prosperó. Fue también la época en que florecieron los grandes poetas, como **Virgilio**, el gran escritor de la época de Octavio.

Los romanos mismos llamaron al período de Augusto la Edad de Oro de Roma. Octavio no quería el título de dictador, y sabía que a los romanos no les gustaba el de rey, de modo que pensó en otro título para los gobernantes de Roma, el nombre de su tío abuelo: Julio César. Desde ese momento el título que ostentaron los emperadores romanos fue el de "**Julio César**". Pero a los romanos les gustaba tener a un gobernante sabio y justo, y los senadores lo honraron dándole un nuevo nombre: en lugar de Octavio se le llamó **Augusto**, convirtiéndose así en "**Julio César Augusto**".

Ese nombre de Augusto era muy especial porque quiere decir "*el que trae la buena fortuna*", y los romanos acostumbraban a hablar de su dios Júpiter como Júpiter Augusto, "Júpiter que trae la buena fortuna".

El nombre de Augusto, que hasta ese momento sólo se había utilizado para los dioses —pues sólo un dios podía enviar la buena fortuna— empezó así a ser utilizado para una persona. Al darle el nombre de Augusto, los romanos consideraban a Octavio con un ser casi divino.

Los romanos tenían el sentimiento de que cuanto más poder se tiene, más se parece uno a los dioses. Y Octavio, o Julio César Augusto, como se le llamaba ahora, realmente era el hombre más poderoso del mundo. No es de extrañar que pensarán en él como en un ser parecido a los dioses.

En su honor, fue denominado Agosto (Augusto) el mes posterior al soleado mes de Julio. ¡Todavía podemos ver la historia romana en nuestro calendario!

Julio César Augusto tenía un gran conocimiento de las cosas que habían sucedido en el pasado remoto. Sabía, por ejemplo, que, en antiguo Egipto, el dios Osiris había reinado

como rey, como faraón. Y Augusto consideraba que sería bueno que los romanos contemplaran a sus gobernantes como dioses, igual como habían hecho los egipcios.

A Julio César Augusto no le parecía mal que le llamaran dios.

Pronto se construyeron templos en los que se ponían la estatua de Julio César Augusto, y los romanos se acercaban gustosamente a ellos para ofrecer sacrificios ante sus estatuas y venerarlo.

Desde ese momento se convirtió en una costumbre que los Césares fueran venerados como dioses. Julio César Augusto fue el primero que hizo que los romanos lo adoraran como un dios. Sin embargo, justo en esa misma época, en que un hombre como Octavio, el sobrino nieto de Julio César, se erigiera a sí mismo como un dios, en la lejana Palestina estaba sucediendo algo de enorme importancia: Dios se hacía hombre en Jesús.

El Niño Jesús nació en la época de Julio César Augusto. El Niño Jesús había nacido en un establo; María y José no pudieron encontrar cobijo en ninguna posada en el pequeño pueblo de Belén, en la pobreza, en una tierra aplastada y conquistada por los romanos.

En ese momento, en que Dios se hacía realmente hombre en Jesús, en Roma, un hombre, Julio César Augusto, se autoproclamaba dios.

En Roma, los hombres adoraban a un hombre como dios.

En la lejana Palestina, Dios se hacía hombre y sólo unos pocos, pastores y hombres sabios —los magos de Oriente—, llegaron a adorar al niño recién nacido.

En otro lugar hubo gente que supo que algo de capital importancia acababa de suceder en una tierra muy lejana.

En Britania, especialmente en Irlanda, hubo druidas que dijeron:

—*“Ha sucedido algo, la sabiduría sagrada que había en la luz del sol acaba de venir a la Tierra”.*

Pero Roma sólo conocía el poder, y veneraba como un dios al hombre más poderoso: Julio César Augusto.

### **En Palestina y en Roma** <https://ideaswaldorf.com/10-en-palestina-y-en-roma/>

A menudo, aunque no siempre, los niños se parecen a sus papas o a sus mamas. Si uno ve al niño junto a sus padres notará la semejanza. Ese parecido no es sólo externo, a veces también sucede que algún talento artístico o musical, o la facilidad en pensar matemáticamente, etcétera, que tenga alguno de los padres, también aparece en el niño. Esa es también una semejanza en el niño, que puede haber sido heredada de los padres.

Todos tenemos a nuestro padre y a nuestra madre, pero también hay un gran Padre en el Cielo, que es Dios, y todos los seres humanos somos sus hijos.

Pero Dios es espíritu, no es un ser de carne y hueso como lo son nuestros padres. Y, sin embargo, también podemos tener semejanzas con nuestro Padre Celestial.

Él no se parece a nosotros exteriormente, ni nosotros podemos parecernos a Él, porque es espíritu. No podemos mostrar nuestra semejanza por nuestra inteligencia, porque ningún ser humano puede tener una sabiduría semejante a la de Dios.

Los romanos sentían que el poder nos hace más afines a Dios, pero ningún ser humano tiene el poder para crear el mundo como lo hizo Dios.

Ni por nuestra pequeña sabiduría humana ni por nuestro ínfimo poder —podemos destruir la vida, pero no podemos crearla—, podemos mostrar que somos semejantes a Dios, que todos somos hijos de Dios.

Pero Dios es realmente amor, puro amor, y cuanto más mostremos amor, amabilidad y amistad a todos los seres humanos, a todo lo que vive y existe, tanto más mostraremos nuestra semejanza con el Padre Celestial.

Mostramos nuestra semejanza con Dios, que somos verdaderos hijos del Padre Celestial, en cada acto de amor y amistad que realizamos.

En la época de los romanos, el alma y la mente de los seres humanos en la Tierra se habían oscurecido tanto que todo lo que sabían de Dios era su poder, y pensaban que el poder hacía a los hombres semejantes a los dioses.

Y si esto hubiera continuado así, la humanidad hubiera empeorado progresivamente, el derramamiento de sangre y el asesinato se habrían hecho cada vez más comunes si nos ayudaran a adquirir poder.

Pensemos en los juegos de gladiadores donde se instruían a los hombres para matarse mutuamente para placer de los espectadores. Pensemos simplemente en los esclavos que podían ser asesinados por sus amos, pues tenían derecho a hacerlo.

Todas estas cosas hubieran continuado y hubieran empeorado si no hubiera sucedido algo nuevo que viniera en ayuda de la humanidad.

Pero algo sí sucedió. La humanidad fue salvada de volverse mucho más cruel y loca por el poder.

Muy lejos del esplendor y brillo de Roma, en la pequeña y olvidada provincia de Palestina, nació Jesús. Ese niño creció en un entorno muy humilde, José, su padre, era un pobre carpintero en la villa de Nazaret, y durante treinta años, Jesús vivió tranquilamente con esta familia entre su gente, los judíos.

Pero a la edad de treinta años se produjo un gran cambio en su vida. En aquel tiempo había un hombre sabio, un profeta que se llamaba **Juan**. Juan profetizaba que un hombre de Dios vendría y cambiaría las mentes de la gente en la Tierra sacándolos de sus senderos de maldad y conduciéndolos a la verdadera luz de Dios.

Él iba a ser el Salvador y todos los que creían que Dios enviaría a un salvador se acercaban a ese profeta, y él los bautizaba sumergiéndolos en las aguas del río Jordán, que atraviesa Palestina.

A la edad de treinta años, Jesús se acercó a Juan en el río Jordán para ser bautizado, y en el momento en que Juan bautizaba a Jesús, se produjo el acontecimiento más grande jamás sucedido antes en la historia de la humanidad, pues en ese momento el Espíritu de Dios que es puro amor se unió con Jesús.

Y Jesús se convirtió en el salvador, *"el ungido"*, que en griego se dice *"Cristos"*, y en hebreo, *"Mesías"*. Jesús se convirtió en Cristo, el Mesías, el Salvador.

Desde ese momento en que el Espíritu de Dios, que es amor, se unió con Jesús, Jesucristo predicó a la gente. Les enseñó que Dios es amor.

Y una vez le preguntaron:

*-“Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?” Él le dijo:*

*-“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu Mente”.*

Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste:

*-“Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas” [Mt 22:34-40]*

Pero Jesucristo no sólo predicaba el amor, el espíritu del amor era tan fuerte y poderoso en Él que era como una fuerza de vida: cuando los ciegos, los paralíticos y los enfermos eran traídos ante Él, Él los tocaba con sus manos y el poder del amor que fluía a través de sus manos los curaba.

*¿Y qué pasaba en Roma mientras sucedían estas cosas en Palestina?*

En Roma, Julio César Augusto moría después de un largo reinado. Como no tenía hijos fue sucedido por su sobrino **Tiberio**, que se convirtió en Julio César Tiberio.

Al principio, este nuevo Julio César parecía un digno sucesor de Augusto, continuó el gobierno sabio y justo de Augusto.

Pero tras siete años en el poder se produjo un terrible cambio en Tiberio, una especie de locura extraña se apoderó de él. Empezó a imaginar que estaba rodeado de enemigos que querían asesinarlo. Mantuvo así una guardia especial de soldados cuya única misión era protegerlo y matar a sus enemigos. No podía tocar ninguna comida antes de que un esclavo la hubiera probado por si estaba envenenada.

Que el esclavo muriera no le importaba en lo más mínimo a Julio César Tiberio. Pero ese fue solamente el inicio de la locura. Empezó a imaginar que sus propios parientes planeaban asesinarlo, de modo que hizo apresar a sus primos, sobrinos y tíos y, los hizo ejecutar sin ningún juicio, ni oportunidad de defender su inocencia.

La locura empeoró. Si los romanos alababan a un general por sus victorias, ese general era ejecutado por orden de Tiberio. Si algún senador o ciudadano romano se hacía popular, eran asesinados por orden de Tiberio.

Y la locura creció aún más. Julio César Tiberio empezó a odiar a toda la humanidad, odiaba tanto a todos los seres humanos que no quería ver a nadie. Dejó Roma y se hizo construir un gran palacio en la pequeña isla de Capri, cerca de Nápoles. Allí en su palacio, Tiberio vivía solo con su cuerpo de guardia y algunos sirvientes que lo habían servido desde su juventud. A nadie más le estaba permitido acercarse a la isla de Capri bajo pena de muerte.

Un pobre pescador empujado hasta la isla por una tormenta fue muerto por los guardias que lo echaron por un precipicio.

Aun así, durante todo este tiempo los romanos adoraban y ofrecían sacrificios al dios Julio César Tiberio, porque eso se había convertido en ley.

Adoraban a un loco, a una figura de odio, a un hombre que odiaba a la humanidad, mientras que en Palestina Jesucristo hablaba del Dios que es amor, y predicaba el amor a toda la humanidad.

Al final, Tiberio sospechaba de todo el mundo, no confiaba si quiera en su cuerpo de guardia, e hizo que mataran a algunos de sus soldados. Y entonces los demás miembros de la guardia decidieron no darle a Tiberio otra oportunidad de ejecutar a más de ellos.

Una mañana, un soldado se acercó a la alcoba del emperador y lo mató, poniéndole una almohada en la cara y manteniéndola así hasta que se ahogó.

## Césares y cristianos

<https://ideaswaldorf.com/11-cesares-y-cristianos/>

Cuando Pompeyo conquistó Palestina, los judíos, la gente que habitaba Palestina, no llegaron a romanizarse como, por ejemplo, los galos o los hispanos.

Los judíos no adoptaron las costumbres romanas, rechazaban adorar a los dioses romanos, y más tarde también rechazaron adorar a los nuevos dioses Julio César Augusto y Julio César Tiberio.

Los judíos odiaban a los opresores romanos, deseaban y esperaban que un gran líder, un gran guerrero emergiera entre ellos y expulsara a los romanos.

Cuando Jesucristo empezó su gran tarea, la gente vio que tenía poderes que ningún otro mortal poseía, que un toque de su mano podía curar cualquier enfermedad y muchos

judíos pensaron que Jesucristo debería conducirlos contra los romanos, que debería usar sus poderes para aplastar a las legiones romanas.

Pero el Espíritu de Dios, el Espíritu del Amor, no había venido a la Tierra para una nación, los judíos, sino para toda la humanidad, para que los corazones humanos cambiaran, y ya no sintieran odio, para que la gente perdonara a sus enemigos.

Algunos judíos entendían que la nueva y maravillosa fuerza del amor había descendido al mundo a través de Jesucristo y le siguieron como discípulos. Pero la mayoría fe los judíos odiaban tan intensamente a los romanos que no querían escuchar el mensaje de Jesucristo. No querían perdonar a los romanos y cuando vieron que Jesucristo no iba a conducirlos contra los romanos, se volvieron contra Jesucristo y también le odiaron a Él.

Había sucedido el más grande acontecimiento en la historia del mundo, había venido el Espíritu de Dios, el Espíritu del Amor, pero las almas humanas estaban sumergidas de tal manera en la oscuridad – pues el odio es en realidad una oscuridad del alma—que sólo algunos pudieron reconocer al principio lo maravilloso que había descendido a la Tierra en Jesucristo.

Los otros se volvieron contra Él: los romanos porque temían que pudiera conducir una rebelión contra ellos y los judíos porque no iba a conducirlos a una rebelión contra los romanos. Sólo algunos judíos y algunos romanos pudieron reconocer al Espíritu de Dios en Jesucristo, aunque tanto los judíos como los romanos pagaron un terrible precio por su ceguera, por la oscuridad del odio en sus almas.

Los infelices judíos pagaron su precio treinta y siete años después del Viernes Santo en el que las tres cruces se habían erguido sobre la colina del Gólgota en las afueras de Jerusalén. Treinta y siete años después de la crucifixión de Cristo, los zelotes, un grupo radicalizado judío que quería la independencia de Judea por las armas, logró tomar Jerusalén para expulsar a los romanos.

La rebelión, conocida como la Gran Revuelta Judía de 66-73 a. de C, tuvo un terrible final. Una gran cantidad de judíos murió en la lucha, el gran templo de Jerusalén donde había predicado Jesucristo fue incendiado, y sólo quedaron sus cimientos que aún pueden verse hoy en día.

Tres años más tarde los romanos destruyeron la fortaleza de Mazada, último refugio de los zelotes, después que todos se hubieran suicidado. Y cuando acabó la lucha, los romanos impusieron un terrible castigo al resto de los judíos.

Los hombres más fuertes fueron llevados como esclavos a Roma. Muchos otros fueron exiliados fuera de Palestina: fueron enviados a Grecia, Egipto, Hispania, Italia, y de ese modo perdieron su tierra, la Tierra Prometida adonde Moisés había conducido a sus antepasados.

A ese exilio forzado por todo el mundo es lo que se conoce como **la diáspora**.

Por su parte, los romanos, que creían en el poder, que consideraban dioses a sus poderosos emperadores, los Césares, pagaron su precio de otro modo.

Se les mostró qué tipo de dioses, qué tipo de seres divinos eran esos Césares.

Después de que Julio César Tiberio fuera asesinado por su propia guardia, fue sucedido por un sobrino que había sobrevivido cuando Tiberio había hecho asesinar a sus parientes. Ese nuevo Julio César fue llamado **Calígula**, estaba mucho más loco que Tiberio.

No estaba satisfecho con que los romanos veneraran su poder; a veces se vestía como la diosa Venus, la diosa de la belleza, y los romanos tenían que venerarlo como si fuera Venus.

Un día Calígula decidió que su caballo favorito, un semental blanco, podría ser un excelente cónsul de Roma. Y por aquella época los senadores se habían hecho tan inútiles que no osaron rechazar la propuesta y nombraron cónsul de Roma al caballo.

Pero para entonces, los guardias de Calígula consideraron que un hombre tan loco no estaba habilitado para gobernar y acabaron asesinando a Calígula.

El nuevo **Tiberio Claudio** era un loco débil, que no podía gobernar y dejaba que el gobierno y todas las decisiones las tomara su esposa **Agripina**.

Claudio y Agripina tenían un hijo, y cuando ese hijo cumplió los diecisiete años Agripina pensó que ella tendría más poder si su hijo fuera emperador en lugar de su esposo.

Súbitamente, murió su marido Claudio. Hubo rumores en Roma de que su esposa lo había envenenado. De ese modo, **Nerón**, el hijo de Claudio y Agripina, se convirtió en César.

Nerón fue el peor monstruo sediento de sangre en la historia romana. En una ocasión dijo:

*"-Qué lástima que toda la humanidad no tuviera una sola cabeza y así podría cortarla de un solo tajo."*

Uno de sus primeros actos como Julio César fue asesinar a su madre; pensaba que era tan tiránica que la gente de Roma tenía que celebrar un día de acción de gracias por ese terrible acto. No era solamente un monstruo de crueldad, sino que era también excesivamente vanidoso.

Se imaginaba que tenía una hermosa voz y que era un gran cantante. Invitaba a los patricios y senadores a un banquete, tomaba la lira y se acompañaba a sí mismo cantándoles. Y si alguien de su audiencia no aplaudía lo suficientemente fuerte o daba la impresión de estar aburrido, Nerón lo hacía arrestar al día siguiente y hacía que lo ejecutaran.

Lo mismo le pasaba a cualquiera que no asistiera cuando Nerón lo invitaba.

De ese modo Nerón estaba seguro de tener siempre una gran audiencia y fuertes aplausos.

A veces entretenía a la gente de Roma con sus canciones, y todos consideraban más recomendable aplaudir bien fuerte.

En otras ocasiones ofrecía el espectáculo de cientos de gladiadores en el circo para entretenimiento de los romanos. A veces se hacía que cientos de animales salvajes, leones, tigres, leopardos, lucharan entre sí en el circo. Se los mantenía hambrientos durante días y luego se los volvía más fieros aplicándoles hierros candentes.

Sin embargo, mientras la locura cruel seguía adelante, algo mucho más importante estaba teniendo lugar en Roma.

Los apóstoles **Pedro y Pablo** habían llegado a la ciudad y encontraron a hombres y mujeres ávidos de escuchar el mensaje de Cristo, el mensaje de que Dios es amor y que amándose los unos a los otros estamos realizando la voluntad de Dios.

De modo que mientras la mayoría de los romanos disfrutaban con las crueldades de los espectáculos ofrecidos por el demente Nerón, también había buenas personas que se apartaban de esos horrores. Algunos de los que se volvían cristianos eran esclavos, otros eran romanos ricos y nobles.

Al principio, los otros romanos apenas prestaban atención a esos cristianos, pero entonces sucedió algo que lo cambiaría todo.

Nerón quería ser recordado como gran constructor y quería erigir magníficos templos, palacios y grandes baños públicos con piscinas de agua caliente y fría.

Pero en esa época Roma estaba muy densamente construida y había muy poco espacio para construir. Los suburbios de Roma eran feos, sucios vecindarios donde vivía la

gente pobre. Si Nerón pudiera desembarazarse de esos barrios tendría el espacio para edificios nuevos y esplendorosos.

Era el mes de Julio, el mes más cálido y seco en Roma. Todos los ricos e igualmente Nerón y su corte estaban fuera de Roma y permanecían en sus villas en las colinas fuera de la ciudad. Entonces, una noche, empezaron a declararse varios incendios simultáneos en los barrios bajos de Roma. El viento propagó las llamas con terrible velocidad. Diez de los catorce distritos de Roma estaban en llamas.

No se sabe cuánta gente perdió la vida esa noche, seguramente muchos miles, y cientos de miles se quedaron sin hogar.

Nerón podía ver Roma ardiendo desde su villa en las colinas; llamó a sus cortesanos y mientras observaban el cielo rojo y el mar de llamas, Nerón tocaba su lira y cantaba una canción comparando el incendio de Roma con la quema de Troya.

Sin embargo, durante los días siguientes los cientos de miles de romanos sin hogar empezaron a preguntarse cómo había empezado el fuego y cada vez hubo más que afirmaron que habían sido los hombres de Nerón los que habían incendiado Roma.

Nerón se asustó ante la perspectiva de que los romanos se volvieran contra él.

*¿A quién podría culpar del incendio? ¿Por qué no a los cristianos?*

Ellos veneraban a Jesucristo, un criminal que había muerto ajusticiado en la cruz, seguro que ellos mismos debían ser criminales y perversos. Hizo que sus hombres extendieran el rumor:

*—“¡Los cristianos han incendiado Roma, muerte a los cristianos!”*

Los soldados de Nerón se repartieron por las calles y arrestaron a cientos de cristianos. Era fácil; les bastaba con preguntar:

*—“¿Eres cristiano?”* Y ninguno de ellos negaba su fe, aunque supieran lo que les esperaba. Normalmente respondían:

*—“Sí, alabado sea el Señor, yo soy cristiano”.*

Eran entonces conducidos a las grandes mazmorras que había debajo del Circo Máximo, el Coliseo, el gran circo de Roma. Había empezado la persecución de los cristianos; había empezado la batalla entre los poderes del mal —los Césares romanos— y el Dios del amor. Y en esta batalla el Dios del amor luchaba con las únicas armas del amor y de la fe.

## La arena

Pensemos en la primigenia cultura de la India en la que los cinco hijos de Pandú dejaron su reino en busca del Reino del Cielo y que no temían dejar la Tierra. Esperaban entrar en el mundo de los dioses.

Los miembros de la cultura proto-persa que se sentían ya más en casa en la tierra, todavía elevaban su mirada hacia el reino de la luz, el reino de Ahura Mazda, el reino en el que ingresaban al morir.

Pero la cosa ya fue distinta con Gilgamesh en la antigua Babilonia: según él, después de la muerte sólo había una vida oscura y sin gozo alguno, y temía tanto a la muerte que partió en busca de la planta que otorgara la vida eterna.

Más tarde, los griegos sintieron que después de la muerte el alma se convierte en una mera sombra en el oscuro inframundo.

El mundo donde se hallan las almas humanas después de la muerte se había oscurecido tanto que el alma del fallecido Aquiles le dijo a Odiseo:

*—“Prefiero ser un mendigo entre los vivos que rey entre los muertos”.*

La venida de Cristo fue el acontecimiento más importante y más grande de la historia de la humanidad, no sólo para la gente que vivía en la Tierra, sino también para las almas de los muertos. Pues cuando el cuerpo de Jesucristo fue bajado de la cruz y depositado en el sepulcro, el espíritu de Cristo, impregnado con el poder de amor de Dios se apareció a las almas de los muertos y les llevó luz.

La oscuridad había desaparecido, y el reino de la luz, el Reino de los Cielos volvió a abrirseles. De modo que para los primitivos cristianos —los judíos y romanos que habían acogido la enseñanza de Cristo en su corazón— había sucedido algo maravilloso: por su fe en Cristo podían sentir que después de la muerte entrarían en el reino de la luz, del amor y la verdad, el Reino de los Cielos, y no en un mundo inferior oscuro.

Y como eso lo sabían en el corazón, no le tenían ningún miedo a la muerte.

Ya sabemos que Nerón culpó a los cristianos del incendio de Roma y centenares de ellos fueron apresados por sus soldados y echados a las mazmorras debajo del Circo Máximo en Roma. Y luego vino el gran día que Nerón llamó *“el día de la venganza por el incendio de Roma”*.

Ya en la mañana empezó a llenarse el gran circo, que podía albergar a doscientos cincuenta mil espectadores. Los romanos entraban trayendo consigo comida y bebida para permanecer allí hasta la puesta del sol. Cada vez se iba llenando más, los amigos se saludaban a gritos entre las gradas; se hablaba, se gritaba, se reía.

De repente, se produjo un gran silencio. Nerón y su corte acababan de llegar e iban ocupando sus asientos especiales. Tenía una apariencia obesa, perezosa y cruel, y la corona en su cabeza no lo embellecía.

Una vez llegado el Julio César Nerón, sonaron las trompetas, como señal de que el espectáculo podía comenzar.

¡Y vaya espectáculo!

Empujados a latigazos, los cristianos fueron sacados de sus mazmorras, y fueron paseados en procesión rodeando la arena del circo.

Las multitudes de espectadores esperaban que los cristianos llorarían o pedirían clemencia, o que se mostrarían altaneros y orgullosos. Pero en lugar de eso, los cristianos no prestaron atención a la muchedumbre. Hicieron con firmeza un círculo que rodeaba el recinto de la arena y cantaban un salmo:

*“El señor es mi pastor ...”*

Y luego elevaron una oración y los sorprendidos romanos les oyeron decir:

*—“Padre nuestro que estás en los cielos...perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores ...”*

Pero ahí los romanos empezaron a impacientarse, y gritaron:

*—“¡Que empiece el espectáculo!”*

Se volvió a meter de nuevo a los cristianos en las mazmorras, porque no iban a ser ejecutados todos juntos sino en grupos. Cuando la arena quedó vacía, volvieron a oírse las trompetas y empezó el verdadero espectáculo.

Primero salió a la arena una manada de grandes toros negros con hombres y mujeres cristianos atados a sus cuernos. Los toros intentaban quitárselos de encima cosa que acababan consiguiendo cuando ya la vida había salido de los cuerpos de las pobres víctimas.

Sacaron a los toros y despejaron la arena, volvieron a sonar las trompetas y un nuevo grupo de cristianos fue sacado a la arena.

Estaban juntos rezando, se abrió otra puerta y salieron varios leones locos de hambre y con gran rapidez la arena era un montón de despojos.

El terrible espectáculo acabó cuando llegó la oscuridad. No había luces nocturnas en las calles de Roma; si eras rico, un esclavo llevaba una antorcha para ti, si eras pobre llevabas tu propia antorcha, pero esa noche Roma tenía iluminación nocturna, porque a lo largo de todo el camino, cristianos atados a cruces y cubiertos de paja estaban ardiendo como antorchas. Incluso, mientras morían abrasados, los romanos los oían rezar como había rezado Jesucristo:

—*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...”*

Pero algo extraño sucedió entre los espectadores que habían acudido a esos crueles espectáculos. No fueron pocos los que decían:

—*“El Dios a quienes veneran estos cristianos les da fuerza y coraje más allá de los poderes humanos ordinarios, se enfrentaron a su muerte sin temor. Vimos a muchos de ellos sonriendo, como si les esperara una gran alegría. Seguramente que su Dios debe de ser el Dios verdadero”*.

Los romanos que pensaban así empezaron a buscar a otros cristianos que habían escapado a los soldados de Nerón, y escucharon de ellos el mensaje de amor de Cristo, y acabaron convirtiéndose en cristianos ellos mismos. De modo que los cristianos que habían muerto en la arena hicieron que hubiera más cristianos y llevaron a más romanos hacia el Dios del amor.

La sangre de los mártires —como se les llamó— se convirtió en la semilla de la fe. Igual como Cristo se había erguido de la muerte, la fe cristiana se levantó de los mártires muertos, y creció y se expandió, como la semilla muere en la tierra y de ella crece una nueva espiga de trigo, una nueva planta.

Ahora los cristianos dejaron de reunirse públicamente. Empezaron a excavar secretamente profundos túneles en la tierra, las llamadas catacumbas, y allí se reunían, a sepultar a sus muertos, y a realizar los servicios divinos.

Esas catacumbas y las inscripciones hechas por los primeros cristianos aún pueden verse hoy en día.

Pero Nerón, el cruel monstruo, murió como se merecía. Al final, las legiones de la Galia e Italia se rebelaron contra él. Nerón huyó de Roma, demasiado cobarde para luchar, y se suicidó antes de que sus enemigos lo capturaran.

Los Julio Césares, con todo su poder y riquezas, se destruyeron a sí mismos. La fe cristiana, sin poder ni ejércitos, sin utilizar espadas ni para defenderse a sí misma, creció y se expandió, y al final triunfó sobre los Césares.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/la-historia-de-britania/>

Aportación de Hermelinda Delgado